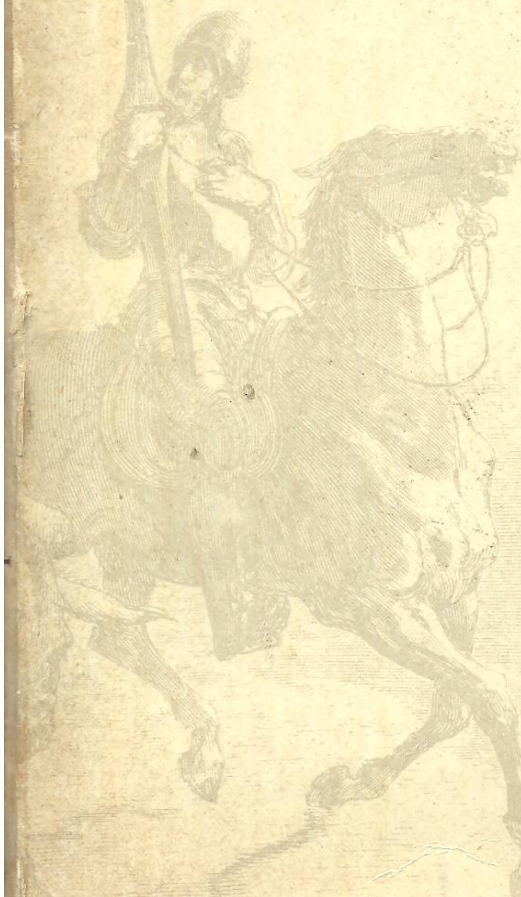


Manuel López Pérez
EPIFANIA
DE
DON QUIJOTE



Manuel López Pérez

**EPIFANÍA
DE
DON QUIJOTE**

Manuel López Pérez

**EPIFANIA
DE
DON QUIJOTE**



CUADERNOS DEL ESTADO DE MÉXICO

Editores:

José Yurrieta Valdés

Edmundo Calderón

José Merino Mañón

Rodolfo García Gutiérrez

Traducción ^{del} inglés: Martha Hernández Laris

Derechos reservados conforme a la ley

© Cuadernos del Estado de México

Impreso y hecho en México, 1974

Printed and Made in Mexico

DEDICATORIA

Al Señor Licenciado Manuel M. Moreno quien, al regalarme algunas de “las horas más silenciosas” de la Capital Guanajuatense, me dio ocasión de meditar en las nobles esencias del Caballero de la Mancha.

MLP,

ÍNDICE

Carta a modo de prólogo	11
Incarnatus est	17
El irrealismo	27
El entusiasmo	43
Los encantadores	49
Dulcinea	57
La sabiduría	63
La traición de Cervantes	71
La eternidad	79
Los burladores	85
La epigonía quijotesca	93
Necesidad del mesianismo quijotesco	105

Carta a modo de prólogo

Muy querido señor López Pérez:

A quién he tenido el gusto de conocer a través de sus libros. Leí por incomprensible benevolencia de su señor yerno, nuestro querido don Guillermo, su hermoso inédito Epifanía de Don Quijote, valiosa y valerosa aportación a la crítica del libro por el que el genio de España aporta al mundo una de las formas más puras de humanidad: igual que Homero, por su Odiseo; o que Erasmo, por su Enchiridien del Caballero Cristiano; aunque infinitamente más bello y ameno que este último, que es noble y sabio.

Deseo con la mayor humildad transcribir dos especies de notas que se suscitaron al estímulo de la lectura de su agudo ensayo. La primera especie de índole estilística, la segunda en cuanto al método u orden de ideas a cuyas luz sometió su meditación sobre la obra dicha.

Es mi, repito, humildísima manera de comentar su obra de escritor; si es que ello sirve de algo; y lo hago con verdadero afecto.

"... noble prosa —anoté, en un determinado momento—, escrita reposadamente en el sereno del tiempo en provincia; como poco se ve hoy, fino instrumento para una cultura clásica, concienzudamente asimilada." ¡Ojo! Esto es verdadero; no una frase para cumplir; lo primero que se nota es una formación de cuño clásico. Después escribí para mí:

“Es lo bueno de no vivir en la Capital, de no tener que convivir dentro de círculos en donde la preocupación impuesta de leer títulos que andan en labios de los oráculos literarios, y verse uno forzado a representar sin saber dentro de qué plazo, por imitación, a los divos literarios de la farándula nacional o mundial, mal estudiados, apenas conocidos o entendidos a medias, exactamente como hace un comediante de la legua, en apuros, y a quien se le niega el derecho a elegir y a rechazar; tristes escritores sometidos al tiránico régimen de tener que vestir estilos literarios como figurines...”

Su caso —por fortuna— es diferente, por lo que se percibe es usted un escritor que sincrónicamente mientras labraba su alma: reflexión y cultura, pulía su herramienta, sin presura venal o cortesana. Así, lo anoté: ...“un estilo: como un vino largamente madurado. Y ahora he aquí los resultados. Puede explicar, con originalidad —¡imagínese!—, con poder de adivinación la génesis de *El Quijote*”.

Confirma mi primera impresión: que me las había con un escritor de oriundez y forja clásica, la manera observada en el curso de mi lectura, de que usted se vale de las ideas como de un sistema de medidas y pesas.

Para mí un escritor no es solamente un artista de la lengua; es un hombre capaz de penetrar más profundo de las apariencias de las cosas. Marañón en algún lugar dice del Greco que, como místico, poseía la visión eidética. Justo eso quiso decir. El místico, el poeta, el escritor de verdad a una altura determinada se hermanan, son iguales. Es la de la visión esencial. Si se posee este poder, que es don, se es plenamente; los demás recursos: el canto en el místico-poeta, el color y la forma en el pintor, la palabra en el poeta y en el escritor: son lenguaje, son expresión. Tan caros al artista, si no envuelven la visión esencial, son fruto vano, malogrado. Usted está salvado, mi señor, porque en usted visión y

expresión son una sola cosa. Porque no hay nada —o casi nada— superfluo en lo escrito sobre la génesis de El Quijote, pude anotar en tanto leía: “poseedor de una cultura y dueño del recurso de comunicar su captación de cosas esenciales en esta obra universal, resulta capaz de fecundar la conciencia de sus semejantes. Es un escritor”.

Muy hábilmente se vale usted de conceptos tomados del bagaje metafísico, teológico y religioso de la cultura cristiana, utilizándolos sistemáticamente —por ello comencé a hablar hace poco de que usted utilizaba su sistema de pesas y medidas. A la luz de una muy fina conceptualización que comienza en el título por cierto, inicia usted con una teoría de la creación literaria, estableciendo el paralelismo entre ficción y misterio. Creación o poesía es el origen de todo lo excelso en la existencia y en el arte, por lo mismo: “la humanidad contempla su advenimiento” —como usted dice— con actitud de asombro y maravilla.

En este primer capítulo, expone usted con sabiduría el milagro —o misterio— de “la concepción” del Quijote, en el sentido más hondamente teológico y al mismo tiempo más completamente naturalista de la larga preñez en la mente de don Miguel, de lo que con el tiempo llegaría a ser el más alto dechado de humanidad que no solamente de caballería andante; más puro y alcanzable, a la vez, que Ulises y más accesible en su cristiana perfección, que el Caballero Cristiano de Erasmo. Así la encarnación de Don Quijote habría de tener como desenlace en el campo abstracto de los valores la admirable consecuencia que usted ha develado: la hipóstasis de Sancho y Quijote y de Sancho, Don Quijote y Dulcinea. Lo que equivale a descubrir que sin ningún género de distinción: grandes y pequeños, hombres y mujeres: todos los hombres tienen un espejo eterno y límpido de humanidad en los personajes inmortales.

Ahora, que no puedo seguir, deseo felicitarlo porque con

todo el libro alcanzó el mérito de hacernos no una exposición cualquiera, crítica de una obra literaria, sino la exposición sagrada de un alto misterio de encarnación que es el Quijote: su Epifanía.

Othón Lara Barba

México, D. F.
Enero de 1974.

Incarnatus est . . .!

... Una osadía: la pluma,
y una esperanza: la flor...

E. Marquina

Los sabios hablan de ficción, los sacerdotes hablan de misterio, cuando se ocupan de la ocasión en que nacen los seres de excelsos destinos, y ello está bien, porque revela la actitud solemne con que la Humanidad contempla su advenimiento, la trascendencia que reconoce a las misiones consustanciales a tan singulares existencias. Nosotros, alejados por nuestra humildad de toda consagrada sabiduría y de todo tradicional sacerdocio, nos limitamos a usar los términos sencillos de un narrador de cuentos, como los que en el Japón vemos en las crónicas de Gómez Carrillo, como los niños que las discretas autoridades de nuestro Guajalajara disciplinan aprendiendo leyendas para que iluminen la imaginación de los turistas cultos; como el señor, el gran señor de la prosa española, don Miguel de Cervantes Saavedra, asegurando con la ya confesada ingenuidad, que Don Quijote de la Mancha fue concebido por la siempre fecunda Humanidad, en una aldea de las de ambiente más sereno y pacífico de la Mancha. Sereno por los en él vigentes equilibrios de la naturaleza, pacífico por el don de bondad con que parecía haber distinguido a los aldeanos aquella fuerza que en el decir de Dante, "hace mover el

sol y las demás estrellas”.

Sí. Don Quijote de la Mancha es un hombre de carne y hueso. Su nombre fue Alonso Quijano. No se nos dio su árbol genealógico, porque no se nos deparaba una biografía, sino la glosa de sus sueños, la valoración de sus anhelos, las hazañas de su amor. Su carnalidad no se supone, su mostración es reiterada en múltiples maneras; se nos anota su condición de hidalgo, se nos enumeran y describen sus costumbres y hasta los totales y subtotales de su presupuesto; se nos informa de que tenía parientes colaterales. Y estas referencias conciernen a la realidad existencial del manchego, no por la objetividad que puede y debe buscar el novelista para la verosimilitud de un relato, que es regla de los historiógrafos y norma de los narradores, sino porque el genio de Cide Hamete no estaba preocupado por la preceptiva aplicada a la novelística en lo que tiene de formal, y tenía el alma como el Blagdaross descrito por Lord Dunsany, “repleta con pensamientos de batalla”. Ningún objeto lograba para la reducción al absurdo a que aspiraba, como medio de liquidar el auge de los libros de caballerías, buscar la verosimilitud: al contrario, cuanto más absurdo hubiera sido creado el personaje, mejor hubiera servido al franco farisaísmo enemigo de los Amadises y de los Lanzarotes. Y es que el genio de Cervantes no estaba —con ser mucho— en esta diatriba, sino que reinaba, como un olímpico, sobre los misterios del pensamiento, del sentimiento y la voluntad de los hombres. Por eso, de Alonso Quijano, que además es reconocido como *el bueno*, nace Don Quijote de la Mancha, el Ingenioso Hidalgo, el Caballero de la Triste Figura, el Caballero de los Leones. Los elementos mismos de la dulce tragedia se dan en el sector ponderable de lo humano, en lo tangible, en lo material, en el campo de la más estricta realidad. Dulcinea es una campesina, hermosa en su condición de mujer de trabajo; Sancho es un aldea-

no que se jacta de serlo más que cuando lo proclama, cuando su conducta lo exhibe como tal; las armas del paladín y guerrero eran viejas, y Rocinante es bautizado con la palabra que contiene su pasado de rocín, como el nombre de su jinete implica el apellido (Quijano) anterior a la anunciación del genio de su destino, que vocación llamarán tal vez los sabios. Su edad, la edad de nuestro divino padre Don Quijote, era la de los cincuenta años, y esta edad debería ser celebrada por todos los hombres, como se celebran los guarismos de una Era, la Era altísima en que para el hombre auténtico, la mujer, que se hace inaccesible para el decoro del varón que la desea, pero también la adora, se convierte en Dulcinea, en el prototipo de todas las virtudes, en el relicario donde se guardan todas las bellezas: “tesoros sobrehumanos para la ternura masculina”. Carne y sangre hay en Alonso Quijano que conoce a Aldonza Lorenzo, “una labradora de muy buen parecer que vivía en un lugar cerca del suyo, natural del Toboso”. Pero muchas veces dirá que no la conoce y un aciago día la negará. Iluminan tal región de las inquietudes del amante estas líneas del capítulo XXI, cuando está Sancho a punto de que su amo le entregue la carta que habrá de llevar a la “señora de sus pensamientos”, desde Sierra Morena. Se trata de que el fiel escudero hará trasladar el texto de la misiva a pliego conveniente, pero surge la dificultad de la firma. “Y hará poco al caso que vaya de mano ajena —dice Don Quijote— porque a lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir ni leer, y en toda su vida ha visto letra mía ni carta mía, porque en doce años no la he visto cuatro veces: tal es el recato y encerramiento con que su padre Lorenzo Corchuelo y su madre Aldonza Nogales la han criado”. ¡Ta, ta! —dijo Sancho. ¿Qué la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo?

En seguida, el escudero hace gala de su condición de hombre de sentido común y el realismo plebeyo registra minuciosamente las notas “verdaderas” de la existencia de la labradora. Don Quijote, por primera vez, es puesto a prueba en relación con lo que para él es Dulcinea del Toboso, y expone con la sutileza de un metafísico: “...has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan a amar, más que otras: que son la mucha hermosura y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa, ninguna la iguala; y en la buena fama, pocas le llegan. Y para concluir con todo, *yo imagino* que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y píntola en mi imaginación *como la deseo*, así en la belleza como en la principalidad, y ni le llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas, griega, bárbara o latina. Y diga cada uno lo que quisiere, que si por esto fuera reprendido de los ignorantes, no seré castigado de los rigurosos”. Véase cómo del capullo está saliendo la mariposa. La mujer se duplica al ser transustanciada; de la campesina está naciendo la princesa, de Aldonza se está extrayendo la Dulcinea; de una realidad ordinaria, se está logrando una realidad superior. Todo por obra del anhelo amoroso.

Volvamos a su edad de 50 años, y Alonso Quijano, tímido, que en doce sólo ha visto en cuatro ocasiones a la maciza y lozana campesina, no se siente capaz de su conquista en las palestras de la gallardía física. Ella es joven y él es mayor. He aquí la discreción que torturará a Don Alonso Quijano, con dictados de represión, obligándolo a encerrarse en los claustros del silencio, hasta que bajo el impulso que encuentra en la lectura de los libros de caballerías, —la poesía rendida ante la mujer idealizada, sonando en las coplas, en los cantos hazañosos, pero sobre todo en las halagadoras oleadas del océano de las altas famas que llevando

en sus crestas las leyendas heroicas de la caballera andante, hasta los claustros y castillos donde lo recibían en sus ventanas de torre o en sus misteriosas celosías, las gentilísimas destinatarias, le ofrece la senda de la liberación de sus ansias, sin contravenir en forma alguna los límites del decoro de la dama ni el prestigio de su blasón varonil. Y aparecen bajo los serenos cielos manchegos, casi al mismo tiempo, Don Quijote de la Mancha y Dulcinea del Toboso. Parto feliz del genio, pero parto, no ficción ni misterio, sólo un sencillo proceso de idealización. Obras de amor, engendros del entusiasmo.

Siempre que se hable de Don Quijote, los filósofos, tal vez, seguirán hablando de irrealismo, los médicos insistirán en pronunciar la palabra *locura*. Los prosopopéyicos intérpretes, los perogrullescos comentaristas que tantas minucias han anotado, no dejarán de ser de aquel infinito número que a los ignaros reconoció la sentencia con que Cervantes adornó —fina ironía— el ingenioso prólogo. Don Quijote es la eucaristía del propio Cervantes: su carne y su sangre. Es más, es la eucaristía de España.

Nadie puede asegurar que don Miguel ignorara los efectos de represiones amorosas, por razones de edad, de clase, de fortuna. La nostalgia del amor —“amor de mujer”, como diría o más bien como dijo el maestro don Isidro Fabela en su discurso de ingreso en la Academia de la Lengua— muy bien pudo engendrar en el plano de las compensaciones, la concepción de Dulcinea; y aun sin la represión absoluta, pues bien sabemos que no amamos a la mujer, sino a lo que acerca de ella, una determinada, hemos imaginado, y siempre estimulada la imaginación por el recato y “encerramiento” de la dama. Por lo que ve a España, después de ocho siglos de lucha contra las huestes del estandarte verde de Mahoma, estaba fatigada de gloria. Sus ejércitos desocupados derramaron la fantasía buscando sendas

a la audacia, y en vez de las actitudes defensivas y entre las fanfarronas aventuras de la conquista, se sintió la nostalgia de los cantos de gesta, de la idealización del combate, ya no inspirado por la ambición ni por el odio, sino por la belleza de la mujer, por la justicia para todos y por el bien supremo. Las ideas son conativas, tienden a realizarse. *Acciones nacientes* las han llamado los filósofos y sobre los pensamientos específicos de Leibnitz, Fouillée concibió sus tesis sobre las ideas-fuerzas. "Todo movimiento espiritual tiende al acto. Los estados anímicos propenden a asegurar la posición y la conducta del ser humano en el mundo". Era, pues, la hora meridiana, la hora del gran alumbramiento; algo grande tenía que nacer y dentro de un mesianismo estético —que al fin lo estético lo incluye todo— nació Don Quijote de la Mancha. Se había predicado la inmortalidad y la existencia de Dios, se había predicado el amor al enemigo; ahora se predicaría con el más alto y noble ejercicio de las armas, esa excelsa y necesaria tradición, pero no como un hecho histórico, sino como una parábola conteniendo el quijotismo, como promesa y necesidad de convertirlo en un reino humano presidido por el espíritu. Se trataba del Evangelio, de la buena nueva, del sentido de la vida concebido como idealización. Así, Don Quijote es —como todo lo humano— hijo de la tierra. Largo y enteco, emulará los prolongados caminos; y sus perfiles, incluyendo el del escudero, se podrían hablar de tú con lo perdurable de las llanuras polvorientas que contrastan a veces con los riscos serranos. Pero entre el hidalgo "de adarga al brazo, rocín flaco, galgo corredor, gran madrugador y amigo de la caza" y el caballero de los Leones, no hay más distancia que la que existe entre el Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha y el Ingenioso Hidalgo don Miguel de Cervantes Saavedra. Del mismo modo equidista el Manco de Lepanto de la España del siglo XVI.

Don Quijote, en potencia, está en la Humanidad. Ya no circunscribimos su génesis real, no imaginaria, no ficticia, a los factores más o menos individuales comentados. Si ante una glosa de la Historia de España, se puede afirmar que el parto genial está a tiempo, la Historia de la Humanidad que incluye a la española, universaliza el alumbramiento y convierte en ecuménico un iluminado pensamiento de aldea.

Y es así, —insistimos— porque no se trata de una composición de elementos, no se produce una adición de cualidades o una mezcla de naturalezas. Don Quijote aparece como un símbolo de la realidad en vez de ser su antagonista; es como el lirio que se abre en alto tallo, es como una chispa que brota en las elevadas orlas de las nubes, es como el perfume que se derrama en la corola, pero que viene de los mantos terráqueos, opacos y huérfanos de aroma; es como el vino que procede del jugo que la vid extrajo del seno de la cepa.

Cervantes no inventó nada. No creó nada, respecto a Don Quijote. Es más, ni quiso hacerlo. Fue como la vid, como la mata de la azucena, como el rosal, como las nubes cargadas de electricidad; produjo por ley necesaria, y el espíritu del bien, de bondad y de belleza, que rige el Universo, aprovechó el propósito limitado y además injusto, de combatir los libros de caballerías, para darnos una existencia más real que las que el Registro Civil inventaría en sus folios o en sus legajos la Notaría Parroquial. Así aparece la figura de Don Quijote. Más que un símbolo es la conjunción de varios, pero el hombre autor, Cervantes, en trance como las anestesiadas parturientas, o como las sonámbulas pitonisas que recibían los mensajes arcanos del alma de los mundos, nos lo presenta por mecanismo, piadoso para la capacidad de comprensión, en una trilogía: la materia bruta, Sancho; el Poder Idealizador, Alonso Quijano; la primera y definitiva síntesis, Dulcinea del Toboso. Sancho es un as-

El irrealismo

Platón fue calumniado cuando los hombres de las academias quisieron definir el amor que predicó tan ilustre maestro de Atenas, discípulo, en la materia, de la sacerdotisa de Mantinea:

Amarás una flor, amarás una nube, amarás una estrella, amarás una mujer... Así inicia Alfonso Reyes su *Escala Platónica* contenida en *Los Cartones de Madrid*. Y continúa: (en su orden) las tomarás y las dejarás, porque del amor particular de las cosas irás hacia su amor esencial, y llegará un día en que no ames las cosas, sino su idea y en otro día llegarás a amar la idea de la idea. Entonces comprenderás por qué la flor, al dejarla, queda bien en su tallo temblante; la nube (al dejarla), queda bien en su tarde de otoño; la estrella (al dejarla), queda bien en su cielo constelado, y a su turno, la mujer queda bien en su dulce misterio.

Por este *dejarás* (como si para dejar no se necesitara haber tomado), los ignaros atribuyeron a Platón *irrealismo* en el amor. La acción de amar, que es entrega y que es penetración, compenetración, fusión de dos seres, no tuvo para los ignaros significación alguna; la acción de tomar que hay en toda captación, en todo conocimiento, en toda realidad recogida en la imagen, en su retrato que se da dentro de nosotros, nada dijo a la sabihonda caterva de los eruditos. La

sencilla expresión interrogativa: si nada significa amarás y tomarás, ¿cómo explicar el uso del mandato dejarás? pasó inadvertida para los *sabios en saber*. Claro, al tomar y al amar la rosa, las nubes y las estrellas, si es que se permite, porque son fugitivas aún a la mirada, a la mujer, hay posesión, pero se dispone que no hay que permanecer en ella con simplicidad, y precisamente por una razón de amor, que convierta el afán por lo que no se tenía, en el afán por conservarlo. Ningún amante desea la muerte material o virtual del ser amado.

Si Cervantes conocía a Platón, el Padre de los Padres de la iglesia, conocía la vocación especial de España en esos campos, la de los místicos. Y ellos ya habían encontrado en expresiones muy del siglo xiv (en Kempis) que los labios rojos se marchitan, que los ojos luminosos se opacan, y por ello hay que amar categóricamente lo que no es transitorio; las almas, las ideas de las ideas como exponía Alfonso Reyes divulgando la tesis de Platón. Al amor de los bellos cuerpos (... amarás, tomarás ... dejarás ...) sucederá el amor de las bellas expresiones o bellos discursos (amarás ... tomarás ... dejarás ...) hasta que tu amor sea el de la realidad suprema; las ideas arquetipos. ¡Así predicaba a Sócrates una mujer de Mantinea!

Pues bien, en el orden óntico, en el existencial, los académicos han hablado del irrealismo quijotista, traicionando al manchego, con las mismas artimañas de los que neciamente hablan del *amor platónico* como de un amor inocuo, inerte y antipositivo.

Paul de Saint Victor, en su capítulo de "Hombres y Dioses", dedicado a Don Quijote, explica diáfananamente esta contemplación aviesa del personaje cervantino. Sancho representa *la verdad falsa*; Don Quijote, la *falsedad verdadera*. El escudero sabe que Alfonso Quijano es tenido por loco; el caballero conoce esa opinión, pero "yo sé quién soy",

dice para sí, o sea que para él no hay tal locura si no es para el flaco juicio del sentido común, sabio o callejero; el amo ve gigantes y el escudero le advierte que él ve molinos de viento; el caballero contempla paso y movimiento de ejércitos y el servidor le hace notar que son rebaños de carneros. ¿Cómo se concilian las dos visiones que a veces por diversas razones se confunden en el pensamiento y según la agudeza del gran crítico francés? ¿Qué es para él lo verdadero y qué es lo falso? Recordemos: la verdad falsa; la falsedad verdadera. ¿Cuál es la posición de los hombres del realismo? Si todo lo que es, es real, no cabe calificar de falsa la realidad de los gigantes en los molinos de viento, porque ellos *son* en la mente de Alfonso Quijano. ¿Se trata, entonces, de lo que por ser perceptible y ponderable para todos los capacitados en un orden común, ha dado en llamarse *material*, ignorando que nada existe que no sea material? ¿Se trata de lo irracional y de lo razonable? Quizá. Puede el lector situarse en alguna de estas sugerencias y examinar con nosotros, por ejemplo, la aventura de la libertad dada por Alfonso Quijano a los galeotes (¡qué escándalo, ahora que casi constituyen la totalidad de nuestras ciudadanías!): Don Quijote libera a los que van en cuerda “porque van *a donde no quieren ir*”. (No quieren ir, porque los llevan como remeros de las galeras del Rey, a compurgar delitos.) ¿Es buena la razón? Es sencillamente inmejorable, porque representa la idea pura de la libertad del hombre. Es el sumum de la racionalidad sin el cual la Ley no es Ley (*ordinatio rationis ad bonum comunem* . . . dice Santo Tomás). Se está invocando una *ley natural*. En la Constitución de México existe un precepto relativo a la *libertad de tránsito*, o sea el derecho de ir y venir a donde se quiera y de donde se quiera, y por ~~observación~~ se establece que el ciudadano *no ha de ir a donde no quiera*. Otro precepto garantiza la libertad.

Si conociendo las disposiciones prohibitivas, y por su conocimiento se entiende lo que en las mismas leyes se define y explica y funda, la acción humana se realiza en oposición, ello originará la punición, el combate a la conducta ilegal con el castigo de cárcel, de galeras, etc., según las costumbres, circunstancias e instituciones penales de una época dada.

Los galeotes eran delincuentes sentenciados.

Don Quijote les da la libertad y viola la Ley.

Tal sería el alegato del *realismo* jurídico frente al *irrealismo* quijotesco.

¿Cuál de las dos trincheras es más equitativa, más pura, más verdadera?

Si a dialécticas vamos, Don Quijote parte de un principio indiscutible: *van contra su voluntad*. Esta proposición es irrefutable y ni todos los filósofos juntos podrían invalidarla.

El sofista dirá que la voluntad coactada es voluntad, y lo es, pero no es *un querer*. Otro sofista diría que el delincuente que opta por el delito *quiere* sus consecuencias, y ello es falso; no las quiere, trata de eludirlas y cuando no lo logra aguanta, resiste, sufre, se vuelve estoico, pero no llega a quererlas. Otro sofista dirá que los arrepentidos *buscan la pena*, pero éstos han dejado, por el arrepentimiento, de ser delincuentes, porque han trasmutado su ser en el ser de un justo, y al buscar la pena que buscan, ya no es para ellos un castigo, sino una ocasión que les da la euforia del bien obrar. *Van contra su voluntad*, dice sencillamente Don Quijote y a ello se opone con el derecho natural en la mente y en el corazón y en su lanza.

¡La Ley! —claman los *realistas*, pero no podrán ofrecer al manchego una razón tan irrefragable como la suya. Él juzga y es una conciencia pura la que sentencia. Además, no es una conciencia ignara. Habla en él lo que el princi-

pio inteligente del universo puso en cada hombre —aunque en diversos grados— para que se salve o se condene; la Ley Natural. En el manchego, esta ley es bellamente ilustrada.

Juzga un juez, y ya es hipotético su saber y más hipotética aún su virtud. Son ya dudosos también los actos que se presentan —dudosos en su autenticidad para juicio; posibles son como factores que desvían la justicia, las influencias de todas clases; personales, de dinero, de circunstancias. (La justicia ha sido vendida hasta por un mamey.) No son de olvidarse las deficiencias de la legislación misma. ¿Podría el *realista* decir que es bueno su criterio a la luz del principio *Bonum ex integra causa, Malum ex quocumque defectu*? Lo bueno debe ser íntegramente bueno.

¿Hay quien garantice la capacidad perfecta de los legisladores, de los juzgadores y de la misma Ley? Queda entonces, en pie, la verdad del manchego: *Los libero porque van contra su voluntad*.

¿En dónde está el irrealismo? En la cuestión de fondo, el alegato realista es débil y no puede ser más vigoroso en lo incidental, en lo contingente.

Don Quijote manda a los galeotes que vayan al Toboso, que busquen a Dulcinea y que se coloquen a sus plantas y se pongan y declaren a su albedrío.

Los galeotes no van y apedrean al caballero libertador.

La causa de la desobediencia es accidental, no es necesaria, y tan no lo es, que no van. (Necesarios son, para los efectos de la falsa magia de Sancho los reales azotes que tiene que darse, a efecto de conseguir el desencantamiento que de Dulcinea hizo él mismo.) Pero hay más: podrían los libertados haber simulado ir, aceptando simplemente la orden y pagar con eso el favor recibido. No hubiera habido fiscal ni alguacil que constatará como cierto o como falso el tal rendimiento ante la señora Dulcinea. No. No es lo

impropio del mandato lo que los lleva a la rebeldía; es la ingratitud. Saben lo que reciben, pero no quieren dar nada a cambio. Al paso del tiempo, Ginecillo de Pasamonte, bribón que a sabiendas de quién se trata (se trata del escudero de aquél a quien debe la libertad) hurtará el rucio a Sancho y que luego hará estafas con las suertes de su mano, divirtiéndose a la vez con sus títeres, dará a entender, con malicia y cálculo, que conoce a Don Quijote y que lo estima —porque le debe la libertad—, probando con ello que fue consciente de una deuda que aún ingeniosamente mintiendo pudieron pagar los galeotes, y sin embargo perfirieron cometer las bajezas de la pedriza y del desacato. La ingratitud hubiera sido la misma si los mandan a saludar al cura de sus respectivas aldeas.

¿Y el caso del azotado Andrés? Lo libera Don Quijote, evita su tormento. Somete a su verdugo. Pero se marcha y el episodio suspendido se inicia de nuevo. Así lo grita el niño con ingratitud irreflexiva en posterior ocasión a quien quiso ser su benefactor.

El realismo, inferior al sentido común de Sancho —que todavía no figura en éste de los primeros sucesos de la historia— hablará de la *equivocación de los medios* para hacer justicia. Es más, alegará que Don Quijote, Caballero Andante o no, carece de facultades judiciales y que delinque por usurpar funciones, y en último análisis, por hacerse justicia por su propia mano y sin leyes preexistentes a los hechos por juzgar.

¿Podría el *realista* —recuérdese que estamos analizando el caso del azotado Andresillo— asegurar que después de cumplida por el delincuente una sentencia dictada por juez competente, la justicia quedó satisfecha plenamente y el violador del Derecho convertido en santo o por lo menos inmunizado contra el mal consistente en volver a delinquir?

Simplemente, si la respuesta, audaz, se formula afirma-

tiva, le diríamos a tan candoroso jurista que entonces debería quitarse de los códigos lo dispuesto sobre *reincidencia* y *ni hablar queda de considerarlas como agravantes*.

Volvemos a estar en el caso referido, de parte de la justicia natural del manchego.

Vayamos ahora a los cargos *realistas* relativos a los enfoques de las cosas. A la percepción de las objetividades. Recuérdesse aquí a Saint Victor clasificando las perspectivas en la mirada quijotesca, distinguiendo en la misma percepción o más bien en la percepción general de lo objetivo, como si fuera una posible y simultánea y doble faz de las cosas —y claro que lo es, pues nos basta ofrecer el testimonio del libro que se llama *La Doble Faz del Mundo Físico*— la verdad falsa y la falsedad verdadera. ¡Bella, sugerente y además verídica, la sustancia contenida en la sorprendente paradoja!

Ya hemos dicho que Sancho y Don Quijote son una sola persona, una personalidad sólo idealmente divisible. Ambos son Don Quijote, pues el caballero es humano y si no se le puede concebir cuerdo, puesto que se presenta y considera loco, antes que nadie, por Cervantes mismo, sería inexacto estimarlo como un loco perfecto, carente en lo absoluto de cordura. En la presentación cervantina es al revés y muchas veces se repite que era de talento esclarecido mientras no caía en lo concerniente a los libros de caballerías. Hay cordura. Aparte de la que por contraste posibilita la conceptualización en general, dando ocasión al conocimiento, aun suponiéndolo desviado o defectuoso, cuenta con la de Sancho. Sí, con la cordura de Sancho. Es él el escudero de la verdad falsa, (vista sin ideal) y lo estima así el crítico francés de la prosa enojada, porque es amanejado, porque no es ni teórica ni menos cuenta con intención idealizadora; porque se limita a la simple percepción de la objetividad en la sencillez de su indiferente mostración. En cuanto a *ver*,

no hay prejuicio en Sancho. Los psicólogos suelen afirmar que “el ojo ve lo que quiere” ver, y se culpa al ojo de esa especie de capricho que no es otra cosa que el resultado del hábito cuya formación debe buscarse en la conciencia del dueño del órgano ocular. Así en el bello cuento de José Martínez Sotomayor, el pintor entusiasmado, que no loco; alucinado, que no loco, se empeña en mostrar a las gentes, estampada en la mugrosa sábana que cubre el lecho de su reclusión, una virgen del Greco. Si no fuera pintor este personaje y no hubiera conocido la obra del célebre griego, no hubiera sido la virgen exangüe la que se hubiera empeñado en mostrar a sus visitantes.

Sancho no sabe de gigantes, por eso ve molinos, los molinos en que su amo ve gigantes; el escudero no sabe de las historias de los caballeros de la Tabla Redonda, no conoce los romances de gesta; está ayuno de las leyendas carolingias y de las consejas hermosas de las Cruzadas, y por ello no ve Pentapolinos ni Anifanfarrones, sino —en este caso— pastores y rebaños.

El amo es algo diverso. Es un obseso de las narraciones maravillosas; de los amores apasionados, de los peligros depreciados por la decisión y la bravura de los caballeros a quienes estimula lo mismo el reino ganado o por ganar, que el favor o disfavor de las hermosas.

Nadie, en el mundo de la cordura, se comporta igual ante tales estímulos que en su ausencia.

Pero, lleguemos más allá. Podría decirse que los argumentos no son “hechos”. Dicho queda por qué en la jurisdicción del sentido común se da la verdad falsa, y repitamos que su amanualidad convierte la percepción en algo neutro. La verdad es —en cualquier sentido— una significación; un *qué es*, un *qué vale*, contestados.

Ése *qué es* o *qué vale*, aspecto óntico y axiológico de todo pensamiento teórico, *de toda actitud filosófica*, los tiene

Don Quijote, y las respuestas que su mente aporta son precedidas de un signo que conduce a tales direcciones de la noción, o sea, al ser y al valer de lo percibido. Así es con los molinos de viento, pero ellos son enormes y en cierto modo con una remota figura humana, ya que las aspas le sugieren los brazos de Briareo; los molinos son la verdad, pero falsa para Don Quijote que en todo lo cuantitativamente grande, ve la fuerza que repudia, porque en sus libros que ilustran una mente cristiana, documenta parcialmente su teoría de la vida a la que acoge la suya, encontrando que la fuerza, que la prepotencia es siempre soberbia e injusta, opresiva por naturaleza. Esta es la parte verdadera (la que no ve Sancho ni el sentido común) en los puntos de vista del manchego. Por eso combate tan fiera e intransigentemente al crimen como realidad o como fantasma, pero *siempre real*.

El escudero le grita que se sosiegue, que no son gigantes, sino molinos, porque son éstos los que él ve, y de ahí que su visión, separada de lo que siendo verdad es falso para su amo (para éste no son molinos sino gigantes) resulta falsa, porque carece de la teoría de la vida que posee aquél para juzgar la cosa percibida. Sancho no ve *símbolos* como Don Quijote, sino que simplemente ve cosas.

—¡Locura! —seguirán diciendo los médicos.

¿Cuántas veces hemos golpeado amistosamente la espalda de una persona o la hemos hecho objeto de saludo, creyéndola conocida, y que al fin resulta que no tiene ningún contacto con nuestra vida de relación?

Y en orden superior y más demostrativo, encontramos esas verdades falsas y esas falsedades verdaderas.

¿Están locos los que aseguran, de algunos de los apóstoles para acá, haber visto a Jesucristo resucitado? Y aunque la gradación en los testimonios se rebaja, empezamos por el máximo que es el anterior —y en la creencia de la

resurrección se funda nada menos que una religión— y seguimos con otros que aunque aludan a sucesos menos valiosos para la conciencia trascendental, constituyen ejemplos adecuados y accesibles.

¿No puso Francia sus ejércitos a las órdenes de una doncella “que oía voces” y que en la línea fáctica de la audición eran un caso tan ilógico... como el de Don Quijote, en el de la exacta visión?

¿Estaba loco el protomártir Esteban —San Pablo ahí presente, a la hora del sacrificio, no dejó nada dicho— “cuando vio los cielos abiertos y al hijo del hombre sentado a la diestra de Dios Padre”?

¿Estaban locos los apóstoles en el Tabor, cuando vieron a Elías y a Moisés?

¿No se venera a Francisco de Asís y no se respeta a Raymundo Lulio, y eso que el primero aseguraba al Papa haber hablado con Jesucristo y su Santísima Madre, recibiendo la instrucción de reclamar a su Santidad la aprobación de sus reglas conventuales, basadas en la “santa pobreza”; y que el segundo (aquel que “amó al amado que es el alba y murió por el amado a la hora del alba”) dirá ver en los riscos de sus cumbres de eremita, rosales exuberantes cuajados de capullos y de rosas?

¿Y estaban locos personajes como Elías que pobló de escuelas de profetas las boscosidades del Carmelo y lugares aún más distantes, en la tierra de las grandes anunciaciones?

¿Estaba alienado Jorge Manrique cuando cantó lo deleznable de la realidad vital; Calderón disertando sobre que la Vida es Sueño; la religión diciendo que somos desterrados celestes; “que no es la tierra el centro de las almas”; y todos confirmando el Reino del Espíritu al que muchos privilegiados han podido acercarse y vislumbrar su realidad, el misterio de la falsedad verdadera? ¿Nadie se acuerda de Hinton hablando de lo que es posible bajo la Cuarta

Dimensión?

Reforcemos un poco, para alejarnos de este aspecto del quijotismo, la idea de la unidad personal entre Sancho y Don Quijote, puesto que estamos examinando el sujeto *persona* en el ser inmortal que descubrió Cervantes.

Ya hemos dicho que el amo no quiere, y así consta en diversas partes de la obra, deshacerse del criado. ¿Cómo puede querer deshacerse de una parte de sí mismo? Sólo por inconciencia suelen decir algunas gentes que quisieran ser otras. El Bobarysno no es quijotismo, además, porque no contiene pureza, porque en él no se finca la transpersonalización en la virtud.

El criado tampoco quiere alejarse de su amo, por una razón semejante. No puede querer mutilarse y llega hasta la sublimidad de dicha actitud, en varias ocasiones, pero con inolvidable y conmovedora expresión cuando se lo explica a la duquesa: “Yo tengo a mi señor Don Quijote por un loco rematado, puesto que algunas veces dice cosas que, a mi parecer, y aún en el de todos aquellos que las escuchan, son tan discretas y por tan buen carril encaminadas, que el mismo Satanás no las podría decir mejores; pero con todo esto y sin escrúpulo a mí se me ha asentado que es un mentecato. Pues como yo tengo esto en el magín, me atrevo a hacerle creer lo que no lleva pies ni cabeza, como fue aquello de la respuesta de la carta, y lo que habrá seis y ocho días que aún no están en historia, conviene a saber; lo del encanto de mi señora doña Dulcinea, que le he dado a entender que está encantada, no siendo más verdad que por los cerros de Ubeda.”

La duquesa le arguye que si sabe que su amo está loco, por qué le sigue, y en la respuesta Sancho se vuelve lo que justamente es, una parte de Don Quijote, revela prodigiosamente su personalidad quijotesca:

—“Por Dios, Señora, que ese escrúpulo viene de lo lin-

do, pero dígame Vuesa Merced que hable claro, o como quisiera: que yo conozco dice verdad; que si yo fuera discreto, días ha que había de haber dejado a mi amo. *Pero esta fue mi suerte, y esta mi malandanza; no puedo más; seguirle tengo; somos de un mismo lugar; he comido su pan; quiérole bien; es agradecido; dióme sus pollinos y, sobre todo, yo soy fiel; y así es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y el azadón.*” No puede ir más allá una identificación personal.

Y luego viene la negación depuradora —que en verdad ya no es necesaria ante sus últimas palabras—: Dice que está resuelto a renunciar a la Ínsula. Y esto, por ser lo menos, dicho ya lo más, viene a ser lo más, por ser quien es el que lo dice.

¿Dónde quedó el irrealismo?

Quedó vencido, porque el espíritu es lo supremo real y gracias a ello “no sólo de pan vive el hombre”.

Desde sus alturas, el caballero rinde parias a lo ordinario, como la bajeza de Sancho rinde parias al ensueño.

Don Quijote, no olvida que tiene pollinos, puesto que extiende una libranza a favor de Sancho; Sancho, ante la duquesa, desea ser armado caballero para servirla.

Amadís de Gaula, ¿pensó alguna vez como simple hombre nacido en el país de Gales?

Sabe Don Quijote quién es Sancho como beneficiario de la libranza de los pollinos; como derechohabiente a los salarios varias veces tasados; en sus cóleras le llama “harto de ajos”. Y es que todos nos despreciamos a nosotros mismos alguna vez, cuando autocriticamos el desajuste de nuestra conducta con la tabla de valores de la cultura.

Conoce Don Quijote al Cura y al Barbebero y a Sansón Carrasco. ¿Cómo no había de asociarlos con Alonso Quijano? No lo reconoce, nada más porque no quiere y en cierto modo no se lo permite la obsesión pero no en manera

violenta, sino al modo como le impidió probar de nuevo las armas cuando por haberlo hecho demostraron inservibilidad; por no contrariar su propósito. El hombre es en verdad, cuando es hombre verdadero, sólo propósito.

A la misma Dulcinea, vayamos ahora. Dice el manchego que ha visto a Aldonza, la materia prima de la inefable dama, cuatro veces en doce años, y cuando lo apremian, dirá que “en esas cosas no hay que ahondar”. En solemne ocasión confiesa ser ella creatura de su mente y de su corazón en el cual habita, a modo que para describirla necesitaría poner sobre la mesa su roja y palpitante entraña. Duda Don Quijote, y lo expresa en varias partes de la historia, de lo que vio en la Cueva de Montesinos.

Todas estas *caídas* están compensadas con las *elevaciones* de Sancho, y yéndose lo uno por lo otro, confirman la unidad del ser substancial, el realísimo Caballero de los Leones.

El entusiasmo

En su invitación a filosofar, define García Bacca el entusiasmo como la conversión del ser en demonio, y como el helenismo tuvo por tal al ente intermedio entre el hombre y los dioses, intermediario con naturaleza casi divina, el entusiasmo se encontraba al lograrse esa naturaleza y consecuentemente sus poderes: una manera de hablar del espíritu.

Los poderes del quijotismo nacen de la eficacia del entusiasmo. Por eso, mientras éste dure haciendo palpitante el corazón del manchego —excepción hecha de lo que llamaremos la traición de Cervantes, o sea la devolución de la cordura, según él la quiso entender— perdurará su irrealismo (acerca del cual ya sabemos a qué atenarnos, por lo dicho en las líneas anteriores) llamado locura. El vulgo odiará y se cebará en estas criaturas privilegiadas, asegurando que no tienen jamás los pies en el suelo, que siempre andan por las nubes, que no comprenden la realidad o sea las circunstancias de la vida ordinaria.

Ya hemos dicho y seguiremos diciendo que esto es calumnia, la misma calumnia que en diferentes términos fue formulada contra la concepción del amor que el maestro de Atenas nos heredó en la milagrosa *escala*, tan distinta de la que en Verona permitió unir los labios de Romeo y Julieta, y ello precisamente porque ésta se queda, conduciendo sólo al inicio, y la tragedia evita el logro del amor inmortal

por sí mismo, ya que los celeberrimos amantes demostraron tan sólo que uno de los caminos para llegar a la inmortalidad es morir, pero siendo inmortales ellos, autores de una consumación absoluta, que abandonan a lo contingente, a lo transitorio, el supuesto de que su amor hubiera perdurado para siempre por el solo hecho de haber sido amor transcendente, amor de espíritu, amor divino.

Don Quijote, empero, es de prosapia latina, nieto de Grecia; pero es español y en él conviven el platonismo que inspiró a los padres de la Iglesia, a los místicos sus compatriotas. El entusiasmo se impone a la carne y al alma de hidalgo con la suavidad con que se volviera cisne la rosa caída en el lago, con que se volviera lirio la nota más dulce arrancada por la mano maestra al mágico violín de Paganini; con la taumaturgia con que la flor de loto se volviera mujer ante la voluntad creadora de Indra.

Y el *elán* idealizador nace en el amor de Aldonza. Porque hay almas que no encuentran sus almas gemelas en el momento oportuno, según las leyes de la Biología, sino tardíamente, como si fuere posible un "olvido divino". Olvido que la misma divinidad compensara con la inefabilidad del encuentro solemne y jubiloso. El genio, entonces, canta a Laura, moralmente imposible para Petrarca; a Beatriz, prematuramente encontrada en el Ponte Vecchio; a Francesca, condenada por el rigor teológico de Dante por haber presenciado la vibración de un beso; a Dulcinea, Aldonza, cuando Alonso Quijano la mira con sus ojos de cincuenta años de visión inocente, profana, no iniciada en los misterios del "Eros". Al darse la luz de esa mirada, el alma de Alonso se cargará en doce años de la sangre de ensueño a base de recorrer senderos imaginativos, para entregarse luego, purificada, a la asunción por un arquetipo en que "encarnará" el devoto caballero.

No, no son los libros de caballerías los que arrojaron a

don Alonso a hollar los senderos de la gloria, ni a cruzar los espacios que no alcanzaron Pegaso, ni la audacia de Ícaro, con ser admirables. Esa causa de la *locura* tan manida por gentes como la sobrina y el ama, el Cura y el Barbero —¡Incluir a un barbero entre los juzgadores del idealismo es realmente simbólico y la sentencia dictada, previamente justipreciada!—, como todo el vulgo lo ha creído —y nos referimos al vulgo de las calles y al vulgo de las academias— no fue otra que la carne maciza, trémula de plenitudes físicas de la campesina palpitante de sangre y de anhelo. Las cualidades que le atribuye Sancho, dentro y fuera del encantamiento de su invención, fueron eliminadas en el tamiz del genio poético de Don Quijote. El genio poético propio y el de sus lecturas, porque en ellas —no causa, pero auxiliares del entusiasmo— se mostraba la poesía. Y ello es así, porque en sus libros había héroes y *son los poetas los que crean por doble razón; porque con sus creaciones definen lo heroico y con su canto al héroe lo identifican.*

Limpio Alonso Quijano la materialidad —llamémosla así para hacernos entender mejor— de Dulcinea, con el amor con que los escultores y los magos del pincel han limpiado el cuerpo de Jesús Crucificado de todas las fealdades que dejaron en él —en aquel cuerpo de suavidades sedeñas de corola— las brutalidades con que fue tratado para darle muerte, tomando solamente para sus cuadros y para sus esculturas, las heridas que identifican el supremo dolor y el simbolismo de la pasión mesiánica. Pero está lejos Alonso de negar la verdadera y positiva persona de Dulcinea, porque no podía negar la causa de su dolor y de su ensueño. Declara que le consta que nunca supo leer ni escribir y que no estuvo jamás en condiciones de conocer su letra, es decir de identificar su escritura y su firma, y sin embargo le duele verla convertida en algo que no difería de su ser objetivo; la labradora quien Sancho, con su industria be-

llaca, la presenta como encantada. Y le vuelve a escoger cuando por su propia cuenta la incluye en el relato de lo que vio —siempre puesto en tela de juicio— en la Cueva de Montesinos. Vuelve a considerar posible el engaño cuando percibe el parecido de la Dulcinea de la farsa de Merlín en los bosques de los Duques, con el rostro del socarrón servidor de los burladores rurales, hidalguelos mediocres y cursis, incapaces de comprender la finura del alma qui-jotesca —¡especímenes éstos, ay tan abundantes!—. Pero es más, llega Don Quijote a ponerse con Sancho al tú por tú en el sostenimiento de sus respectivas invenciones; Sancho, la del paisaje celeste que describe a la duquesa, y Don Quijote diciéndole —aparte, con cierta malicia de cómplice— que le invita a considerar la autenticidad de las dos aventuras respectivas —la del cielo y la de la Cueva de Montesinos—. Y todo es humano, porque es humano el amor gozado y dejado de gozar por la renuncia, cuando existe la posibilidad de idealizar. Todos hemos querido ser héroes, desde que soñamos, como en el cuento de Tagore, defender a nuestra madre de enemigos imaginados, y cuando queremos que a las personas que amamos, les llegue, por la fama, la historia de nuestros éxitos, de nuestras aventuras logradas con arrojo y efuerzo. Y porque esas leyendas de bravura llegaran a la amada, como única compensación deseada por la ternura, Don Quijote es tal, es decir, decide dejar de ser Alonso Quijano, y salir a buscar las aventuras, para lograr las preseas que habrán de enviarse a los palacios del Toboso. Todos tenemos una Aldonza idealizada y un Toboso a donde poder enviar los jirones de gloria alcanzados con el pensamiento o con la sangre. ¡Y estas líneas, con o sin venturas, no aspiran a otra cosa!

Los encantadores

Del entusiasmo nacen los encantadores, sobre todo los malos. Sabe Alonso Quijano mucho de la realidad. Es más realista que irrealista: Son, consecuentemente, más sus discursos discretos y sus pensamientos profundos, quiéranlo o no las raleas de academia, que los considerados como desvaríos.

Desde el principio del sueño de su vida pública, como Caballero Andante, sabe Alonso lo que necesita y que no tiene: dama, armas, nombre. Pero su entusiasmo todo lo prevee, y en ese afán llega a olvidar la prudencia más elemental. Al probar las armas, se le rompen y al volver a arreglarlas, según su industria, engañándose a sí mismo, ya no vuelve a la experiencia, porque su entusiasmo le aconseja no buscar un desaliento; no lleva dinero ni escudero en la primera salida y fue caballero aceptando por buena la ceremonia del dueño de la Venta, cuando está en plena gracia al haber caminado "por los campos de Montiel" en busca de ocasiones para desfacer entuertos, libertar princesas... y hasta inventa y recita las sonoras parrafadas con las que quien las escribiere diría a los venideros siglos que salió de su aldea cuando "apenas el rubicundo apolo había extendido por la espaciosa tierra las doradas hebras de sus dorados cabellos..."

Sabe, cómo Aldonza, de acuerdo con una norma que Cer-

vantes formula y que él pronuncia acerca de Dulcinea, “cada quien es hijo de sus obras” que por eso serán las obras las que lo conviertan en Don Quijote, estrictamente hablando. No ignora la posibilidad del fracaso, y para entonces tendrá siempre el recurso de los encantadores enemigos, y ello explicará que las cosas no salgan bien, cosa que no niega, sino explica.

Cuanto se contraponga a sus propósitos, cuanto trate de echar por tierra sus empresas, será casi siempre culpa de los encantadores, de los magos enemigos, celosos de su gloria por ser, quizá, protectores de otros caballeros. En esta contradicción vuelve a sentirse muy español por lo creyente y porque la magia —con la anotación de que la magia no está constreñida a ser instrumento de justicia— como la ayuda de Dios, solicitada por tirios y troyanos, por buenos y malos, por nobles y villanos, por pillos y por santos, por todos los bandos que luchan, resultando ocasión de predicamento para Dios, que habrá de destinar su socorro, tras divino y sabio juicio como de quien es. Pero lo curioso, lo más impresionante, es que gracias a los malos encantadores, el entusiasmo no se menoscaba, y el batallador caballero nunca es ni será vencido, porque nunca reconocerá el vencimiento vocacional, sino, si acaso, la derrota transitoria, propia en el ejercicio de las armas en que la suerte es quien decida muchas veces. Cosas de la fortuna, dicen los hombres guerreros. En el curso de la historia, será frecuente encontrar lo que el caballero tiene como bálsamo de Fierabrás espiritual; los malos acontecimientos en los achaques de la caballería, se deben a la caterva de envidiosos encantadores que han tergiversado circunstancias y hechos.

Es el entusiasmo —porque ya se dijo que éste es divinización— el que otorga al padre Don Quijote un valor excepcional. Y este valor es esforzado, es violencia hecha al ánimo. Siendo Don Quijote un hombre, tiene miedo, pero lo

somete su entusiasmo. Los peligros son los que dan fama al ser domeñados y esa fama llegará al Toboso. Pero en los peligros no olvida la realidad, la supera y la racionaliza. Castiga, colérico, a Sancho, porque se ríe cuando descubre que la aventura de los Batanes no era peligrosa, y es que Don Quijote que vio toda la noche la cobardía del escudero, tiene derecho a reprenderlo por su socarrona manera de ver el desaparecido peligro, al llegar el día. “¿Crees, acaso, que mi ánimo iba a ser paralizado por el temor? ¿Estaba yo obligado a saber de qué se trataba? Por ventura ¿no estuve dispuesto a acometer la empresa pavorosa?”

Sobre los riesgos del avance que Sancho estorbó maneando a Rocinante, impidiendo identificarlos, Don Quijote habría arremetido, porque su corazón tenía la intrepidez que da el entusiasmo.

¡Con esa sin igual bravura justaban los caballeros en las estancadas, luciendo los colores de sus damas!

Pero ello no excluye el estado anímico consciente del peligro, y en el caso de Don Quijote, hay ocasión en que se retira con el aplauso de Cervantes. La retirada no es huída. Tal es en el episodio relativo al intento de vengar a Sancho de los aporreos hechos por los viajeros del Carro de la Muerte.

“Cuando el valiente huye, la superchería queda descubierta” —dice Cervantes. La superchería es la ventaja, porque eran muchos enemigos y no con armas nobles, sino con palos y piedras.

Unamuno sostiene en su *Vida de Don Quijote y Sancho*, que Don Quijote está deshecho desde que se desilusiona al ver la sucia labradora que Sancho le presenta como a Dulcinea encantada. Lo consideramos fuera de correcta interpretación. Siguen aún múltiples episodios que desmienten por el ostensible entusiasmo con que se actúa en ellos, la afirmación del hombre de las pajaritas de papel. Si fuera así,

tan cuadrada la acción de la historia, lo demostraría tras depresión tan irresistible, la muerte de Don Quijote, por falta del entusiasmo que el maestro de las aulas salmantinas le da como causa. Pero Don Quijote no muere siendo Don Quijote del todo, puesto que recuerda que lo fue, según la textualidad de la historia, muere sin serlo ni quererlo ser, pero no por falta de entusiasmo, sino por la "salud" que en mala hora le devuelve o más bien le impone Cervantes. Cervantes vuelve a Don Quijote un renegado. Y eso es lo que aplauden muchos fariseos del quijotismo.

No, no se retira Don Quijote del camino de sus aventuras sino transitoriamente, y es natural que lo resienta, pero habla en varias ocasiones del término de su compromiso. No deja pues, de ser Don Quijote por el vencimiento que le impone el Caballero de la Blanca Luna, o sean Sansón Carrasco —¡que es muy poco un bachiller para acabar con un Don Quijote!— aunque así se haya dicho, porque a Sansón, como al Barbero, como al Cura, como a los duques, les falta genio para dominarlo. El vencimiento y la promesa de no volver a las armas, no es la causa de su abjuración, ni lo es Dulcinea, tomando el asunto a la manera de Unamuno, porque ya hemos dicho que no ignoraba el voluntariamente iluso, la condición positiva de la que convirtió su amor en la dama de sus pensamientos.

Tan es verdad que el encuentro en que resulta vencido no influye en su semiapostasía final, que no alega la intervención de los encantadores, creaturas de su entusiasmo, sino que dice que "cayó su fortuna para no levantarse más". Cordura cervantina. Si, es cordura vulgar la que va corroyéndole y por eso marcha, ahora sí enfermo, presintiendo su ocaso vital.

Próximo a llegar a su aldea lo acompaña aún el entusiasmo en la proporción a la cantidad de energía vital que le

resta. Y esta disminución en las manifestaciones del ensueño, es la que se presta para forjar engaños interpretativos. La vida ordinaria de Don Quijote se va extinguiendo, y ello ocasiona la declinación natural del poder de alucinarse. Por eso los cerdos que lo derriban, el ganado que lo arrastra y ensucia, ya no se transforman en seres mágicos. Se van debilitando en su mente los floridos actos imaginativos que colocaron un día a Dulcinea en planos de excelsitud. Sus símbolos se van deprimiendo. Ya salen de lo humano en una metempsicosis melancólica, cuando la liebre perseguida hiere, al acogerse al viajero que retorna a la materna aldea, su sensibilidad de poeta torturada por la desgracia del falso encantamiento de la musa. La muerte se va acercando. Agotándose va la energía que permite las ilusiones, los sueños de gloria y de amor. Proporcionalmente agoniza el entusiasmo que es absurdo concebir desligado de la vida ponderable, corporizada, y ya no es proteica su influencia, ya no diversifica los proyectos ni los propósitos.

Sancho, representando el ya moribundo —físicamente— quijotismo, pues hemos dicho que con su amo son una sola persona, sugiere agónicas actitudes: que el interregno, el transcurso del año estipulado en las condiciones del caballero de La Blanca Luna, se aproveche para hacer vida pastoril, iluminando la perspectiva con la alusión al desencanto de Dulcinea. El requisito para ello está cumplido, aunque fraudulentamente con los azotes aparentemente sufridos, como el fraudulentamente conseguido encantamiento. La vida material que la vida espiritual trascendía, está casi apagada en D. Quijote, quien deja de serlo, volviendo a ser Alonso Quijano, en el momento supremo. O sea que vuelve a predominar una personalidad sobre la otra. Al ocurrir ello, la Andante Caballería será negada. Será negada también Dulcinea. Y habrá plegarias a través de los siglos,

pidiendo perdón para la audacia derrotada por la muerte,
por la fecunda locura que el amor inspirara “el amor de
mujer” y el amor divino, “de Caridad”. Deus est Charitas,
que dijo San Juan.

Dulcinea

Todo es uno y lo mismo en el Universo, —dicen los monistas. Y explican las diferentes individuaciones por diferentes grados de evolución, evolución que hace visible la ley universal del progreso, con la idea justicia y con el afán de perfección.

Aldonza Lorenzo, el amor por Aldonza Lorenzo, *devino* en la mente de Alonso Quijano el bueno, que tenía cincuenta años, en la Señora Dulcinea del Toboso. Amó su cuerpo, lo admiró y no hay por qué negar que en la forma más lícita la deseó, quiso poseerlo. No desconocía, seguramente el hidalgo aldeano, lo que es la posesión de una mujer, puesto que no se inhibe ante las ocasiones, sino por su fervor en aras del amor —real para él— dedicado a Dulcinea. Y si conocía el amor físico, su castidad era continencia. Al amor del cuerpo había superado el amor del alma; de la idea que había elaborado de Aldonza llegó a amar la idea de la idea y ese día, habiendo llegado al amor que ya no es personal, lógicamente la negó, la “dejó” como hubiera dicho en su exégesis platónica D. Alfonso Reyes. “Porque cuando se llega al amor de la idea de la idea, la mujer queda bien en su dulce misterio.”

Entre tanto, durante el entusiasmo que precede a la plenitud del encuentro esencial, al encuentro en que se universaliza el ser en el seno de lo absoluto, Dulcinea inspiró la vida del manchego, sin que olvidara o eliminara del todo

los estratos materiales, pues que sin ellos nada había que ennoblecer, que salvar. Hay que saber que idealizar es redimir. Al hombre le ha sido dado este poder y es tan admirable que para ejemplificar de alguna manera, ha de considerársele como un conmutador que trasmuta las cosas. Desde Dios que es fuente eterna —dicen los pensadores— hasta la corriente existencial que tiene en la primera forma la primera rebeldía, pero también la oferta primera del pasamarnos de la gracia misericordiosa —según explica la genial iluminación de José Vasconcelos— son perceptibles los episodios que pueden llamarse ciclos; el atómico en que la materia seguirá siendo eternamente materia, de él se pasará por idéntica causa misericordiosa y sabia, al ciclo celular; de éste, al orgánico y finalmente al plenamente humano. Aquí la capacidad estética lo redimirá todo en etapas también, incluyendo al hombre mismo; la sensibilidad, pasando por la perfección apolínea culminará en la dionisiaca, hasta convertirse en júbilo, en dicha, en el retorno eufórico al seno de la fuerza reverenciada por Dante en el último canto de El Paraíso. El reino animal ha sido redimido en la heráldica, por ejemplo; en la imagen se encuentra redimido todo objeto (en ella, sin dejar de ser lo que se llama materia, está sujeto a leyes diferentes, ya que la imagen no se quiebra, ni pesa, puede borrarse en la memoria y puede evocarse). El día que llegue la salvación de la última alma, la materia, la llamada materia de los “realistas”, de los “materialistas” habrá perdido la razón de existir, tal como el canavá deja de ser utilizado cuando el bordado ha aprovechado sus cuadrículas para “apresar jardines en cárceles de lino”.

Aparte de lo dicho sobre la creación de Dulcinea, no es prolijo repetir lo que el manchego dice en el Capítulo XXI (a los duques): “Píntola en mi imaginación como la deseo, así en su principalidad como en la belleza.” En seguida,

apremiado por la perspicaz dama, se ve obligado a pronunciar tan originales como substanciosas palabras, ante la insinuada posibilidad de que Dulcinea sea puramente imaginaria:

“En eso hay mucho que decir, Dios sabe si hay Dulcinea o no en el mundo, si es fantástica o no es fantástica; y estas no son cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo . . . Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre, y que en más se ha de estimar un humilde virtuoso que un vicioso levantado (véase aquí la idea de que Dulcinea es la campesina Aldonza, aludida con el adjetivado de *humilde-virtuoso*); cuanto más que Dulcinea tiene jirón que la puede llevar a ser reina de corona y cetro; que el merecimiento de una mujer hermosa y virtuosa a hacer mayores milagros se extiende y, aunque no formalmente, virtualmente tiene en sí encerradas mayores venturas.”

Tal es, en la mejor ortodoxia, la flor del entusiasmo quijotesco, y hablamos de ortodoxia, porque el entusiasmo fue su creador y como el autor de la leyenda incomparable, se enamoró de la creación y le rindió el más puro y devoto de los cultos.

Dice Cervantes a Ofelia en la breve y enojada Tragedia, de Jesús Urueta:

. . . D. Quijote es el Ideal. Ama a Dulcinea, dama *fantástica y real*, hecha con todos los anhelos de la ternura varonil, siempre presente y siempre ausente, verdadera como la esperanza y alucinante como la verdad. Los sueños de D. Quijote desmintieron siempre (al realismo), a la realidad. Es el caballero sangriento, su lanza parece tener una estrella en la punta. Es más noble que un blasón, más fuerte que una torre, más casto que una vestal, más entusiasta que un enamorado, más loco que un poeta y más poeta que un loco. Se levanta hasta las altas heroicidades de la fe, mi-

diendo sus armas con el mal, y gusta, como único premio de sus afanes, la frente de Dulcinea para poner en ella el beso de todas las purezas y de todos los respetos”.

Y Shakespeare, en la misma Tragedia, dice a Ofelia: “Dulcinea está en ti. Es tu línea, toda su línea, desde el pie que sostiene el ánfora de tu cuerpo hasta la cabeza que la remata; es la bondad transparente de tus ojos azules; está en tu cabellera que desata su madeja rubia bajo doseles de frondas; en tu mano que en suave cavidad guarda dones para el elegido; en tu sonrisa brillante como ala trémula de colibrí; en la exuberancia de tu alma que se proyecta sobre la realidad con las formas inmaculadas que flotan en el celaje, que se columpian en las ramas y que nos besan en los sueños. Un delirio de amor eres tú, una esperanza de ventura, una necesidad de caricia.”

Y Urueta se sentía D. Quijote cuando pone en labios de Shakespeare, el mensaje destinado a Ofelia (lo mismo debió pensar el manchego: “Te formé con versos diáfanos y con sangre virginal; y para hacer más bella tu inocencia, te ofrecí como una hostia el divino dolor . . . Y vas con tus hermanas (las mujeres idealizadas) en el cortejo que atraviesa el sendero ensangrentado de los siglos, en pos de la Historia muerta, delante de la Historia Viva . . . Mujer bella y casta, el amor te dió el suplicio, el genio te dió la inmortalidad. Amarás y sufrirás hasta que el espíritu del amor pueda engendrar en el espíritu de tu belleza, un dios.”

Ante esa enorme carga, trágica y tremenda de espíritu, que contiene la simple imagen de Dulcinea, a nadie extrañará que un hombre —tan hombre como Alonso Quijano— se vuelva D. Quijote, ataque a los molinos y cabalgue en Clavileño.

La sabiduría

Florilegio poético y de la mejor calidad, es la Vida, Pasión y Muerte de Nuestro Señor D. Quijote de la Mancha. Su palabra grave y unciosa se dirigió a los cabreros, explicándoles la felicidad de la época dorada. No eran académicos —Dios no lo quiso permitir y gracias le sean dadas— pero la Verdad, el Bien y la Belleza se dan —dar en el sentido del Evangelio— a los humildes, a los sencillos. D. Quijote desmintió, como lo había hecho Sócrates y Jesús de Nazaret la afirmación de que el pueblo debe estar privado del placer que da lo valioso del Verbo, porque no entiende. Dad, académicos, la razón al genio; el pueblo no podrá o no querrá reducir a fórmulas lógicas los conceptos escuchados, pero comprende su sentido y percibe —celebrándolo y aplaudiéndolo— su forma en el mensaje inspirado. “¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras *tuyo* y *mío*!

“...No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La Justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había

sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había que juzgar ni quién fuese juzgado . . .”

Don Quijote habló para la Humanidad en su sapientísimo y valiente discurso.

Otro día tocó a un eclesiástico necio recibir la reprimenda por sus impertinencias, hijas de una piedad soberbiosa y de un saber incipiente y pedante; impertinencias llenas de crueldad, de desprecio, ayunas de caridad y de inteligencia: “El lugar donde estoy, y la presencia ante quien me hallo, y respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuesa merced profesa —eran las palabras que una controlada cólera estaba inspirando a D. Quijote— tienen y atan las manos de mi justo enojo; y así por lo que he dicho como por saber lo que saben todos, que las armas de los togados son las mismas que las de la mujer que son la lengua, entraré con la mía en igual batalla con vuesa merced, de quien se debía esperar antes buenos consejos que infames vituperios. Las reprensiones santas y bien intencionadas otras circunstancias requieren y otros puntos piden: a lo menos, el haberme reprendido en público y tan ásperamente ha pasado todos los límites de la buena reprensión, pues las primeras mejor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza, y no es bien, sin tener conocimiento del pecado que se reprende, llamar al pecador, sin más ni más, mentecato y tonto . . .”

En otro de aquellos días, de aquellos gloriosos días de sus andanzas, produjo el discurso sobre las armas y las letras:

“ . . . Dicen las letras que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra también tiene sus leyes y está sujeta a ellas y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A esto responden las armas que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guar-

dan las ciudades, se aseguran los caminos, se despejan los mares de corsarios, y finalmente si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarían sujetos al rigor y a la confusión que trae consigo la guerra el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas. . .”

En la mesa de los duques se escuchó la disertación sobre el honor frente a las ofensas y afrentas posibles o no posibles:

. . . “El que no puede ser agraviado no puede agraviar a nadie. Las mujeres, los niños y los eclesiásticos, como no pueden defenderse aunque sean ofendidos, no pueden ser afrentados. Porque entre el agravio y la afrenta hay esta diferencia: la afrenta viene de quien la puede hacer, y la hace y la sustenta; el agravio puede venir de cualquier parte, sin que afrente. . .”

Los consejos que D. Quijote dio a Sancho para que los utilizara como individuo y los que le dio —en ambos casos por escrito— para que gobernara bien la Ínsula, son lecciones perdurables que atraviesan con su luz las distancias de siglo a siglo, y así será mientras los hombres sean capaces de acercarse, como él, al dios de la hermosura, del bien y del amor, o como aquellos que se harán dignos del precepto quijotesco negativo de no ser como ellos. Al considerarlos malos, los reduce a la nada —aquí la palabra solar de Vasconcelos— ya que lo malo, aunque quede como lo bueno, fotografiado en el éter, como nadie lo ama, nadie lo evoca, y así, se confunde con la nada.

. . . “Has de poner los ojos en quién eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana que quiso igualarse con el buey; que si esto haces, vendrá a ser feos pies de la rueda de tu locura la consideración de haber guardado puercos en tu tierra.

(Los gobernantes) no de principio nobles deben acompañar la gravedad del cargo que ejercitan con una blanda suavidad que, guiada por la prudencia, los libre de la murmuración maliciosa, de quien no hay estado que se escape.

Mira, Sancho, si tomas por medio la virtud, y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia a los que los tienen príncipes y señores; porque la sangre se hereda y la virtud se aquista y la virtud vale por sí misma lo que la sangre no vale.

Si trujeres a tu mujer contigo (porque no es bien que los que asisten a gobiernos de mucho tiempo están sin ellas), ensénala, adóctrínala, y desbarátala de su natural rudeza; porque todo lo que suele adquirir un gobernador discreto, suele perder y derramar una mujer rústica y tonta.

Nunca te guíes por la ley del encaje, que suele tener mucha cabidad con los ignorantes que presumen de agudos.

Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia, que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico como por entre los sollozos e importunidades del pobre.

Cuando pudiera y debiera tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente; que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de dádiva, sino con el de la misericordia.

Cuando sucediera juzgar algún pleito de algún tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria, y ponlas en la verdad del caso.

No te ciegue la pasión propia en la causa ajena; que los yerros que en ella hicieres, las más veces serán sin remedio; y si le tuvieren, será a costa de tu crédito y aún de tu hacienda.

Si alguna mujer viniere a pedirte justicia, quita tus ojos de sus lágrimas y tus oídos de sus gemidos, y considera despacio la sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu corazón en su llanto y tu bondad en sus suspiros.

Al que has de castigar con obras no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción, considérale hombre miserable, sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio a la contraria, muéstratele piadoso y clemente; porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia.”

Si lo anterior no es sabiduría quintaesenciada, es porque se podrá decir que son feas las arquitecturas adorables del Teatro Juárez de Guanajuato y las proporciones inigualables de la catedral de Morelia!

La traición de Cervantes

Expuesto lo que engendró el entusiasmo, veamos quién lo destruye. Pudo dejarse abierta, como una parábola, la vida del gran manchego; no era preciso que tuviera marcado, concreto, el límite de su existencia; que al fin y al cabo, la intención antiquijotesca, anticaballeresca, torpemente enemiga de los libros de caballerías, será burlada, porque no se podrá quitar nunca de la naturaleza humana su afán por lo excelso y por los misterios que constituyen esencia de religiosidad.

Podía haberse dejado —insistimos— por método episódico, en la estructuración de la obra, la posibilidad de que todos los siglos pudieran agregar capítulos populares a la Odisea del Idealismo invencible.

D. Quijote fue eso; invencible como dice Urueta; “desmintió siempre a la realidad” como Sócrates venció a la mentira, como Jesucristo venció al odio. ¿Quién podría vencerlo, si no creía en el vencimiento? Eran una sola cosa su valentía y su entusiasmo. Insistimos en que por virtud de éste, renuncia a constatar la solidez de sus armas. No le merecen reticencia, síntomas de inhibición, los grandes peligros, que si algunas veces no son reales, en el sentido vulgar, sí lo son para la conciencia que así los percibe. Él sabe, porque lo ha aprendido de su fe profunda que las ideas puras están identificadas con la razón y que *lo razonable* es sólo una semejanza con relación a tal identifica-

ción; lo mismo que esta devoción por las ideas —como lo razonable— es lo que, predicado por el sentido común, se llama realismo.

El genio del manchego está seguro de que los sueños de hoy son los descubrimientos de mañana; de que los poetas son los engendradores de los héroes, porque los conciben, los configuran y los presentan al mundo a través de sus cantos. Así crean esas luminosas ejemplaridades que mediante su prestigio imponen cierta imitación, cierto *esthos*, aunque sea con limitaciones, sin alcanzar nunca a implantar una moda, porque —decía Fontenelle— nunca podrá estar en moda la virtud. Moda virtuosa que predicaba según Catá, la igniscente palabra de José Martí.

Pero hilvanemos; el Clavileño, relleno de cohetes es abuelo o puede serlo de los vehículos aéreos a base de propulsión, de los que por impulso de impacto, imaginó Julio Verne. La simple idea del vuelo en aparatos mecánicos que barruntaba ya el divino Leonardo.

Repetimos: ¿por qué hacer declinar la estrella de los bellos amores y de los heroísmos inmaculados?

Por la traición de Cervantes Saavedra cuyo propósito siempre circunscrito y siempre confesado, fue mediocre y casi reprobable tratándose de combatir una forma literaria cuyos asuntos inspiraban sueños heroicos, aspiraciones nobles, conductas delicadas, aun cuando fuera en aventuras no reales conforme a la geografía o conforme al criterio de verosimilitud ordinaria (la verosimilitud —dice el Padre Rivera— es regla de la Historia y de lo que tenga intención histórica, y según este gran historiógrafo, consecuentemente, debe entenderse que lo que se dice para las obras de precisión, de exactitud, no se dice para las de fantasía. Sólo dos ejemplos: Swift y Giovanni Guareschi: ni Gulliver y sus ambientes son verosímiles, ni D. Camilo ostenta esa condición en actos creíbles, en sus diálogos con Jesucristo.

Cervantes pecó en contra del espíritu santo de las letras. ¡Cervantes, autor de D. Quijote, enemigo de las fantasías!

Maestro en el hablar por escrito, maestro por la bondad depurada por el sufrimiento de la vida, Cervantes tenía que transigir —esparciendo complacencias— con la premisa de su plan literario: combatir los libros de los Amadises y los Esplandianes, que ningún daño hacían, y tan es así, que no impidieron la vigorosa floración literaria del siglo XVI.

Más mediocre resulta aún la tarea cervantina —límitese la condenación al asunto que debatimos— si se le otorga la consideración de querer hablar en forma indirecta de gentes y costumbres de su tiempo. Miedosa crítica al estilo —estratégico— de la que utilizara Erasmo pronunciando sabios sermones morales y predicando verdades inmensas como un astro, pero valiéndose de los labios de La Locura. Ciertamente que era época de hogueras inquisitoriales, pero podía haber esperado para lanzar a la circulación una obra valiente. La tregua no es claudicación. En caso semejante se vio el más tremendo de los demoledores filosóficos, llamado Manuel Kant, cuando tuvo que esperar un tiempo muy considerable para lanzar a las palestras del pensamiento la *Crítica de la Razón Pura*. Y es que nadie está obligado a una tarea cuyos peligros, ni son heroicos, porque no se permite la lucha, ni son de utilidad alguna, porque se encuentra aherrojada la opinión.

Cervantes traicionó a D. Quijote. Tuvo que traicionar a D. Quijote, acercándole poco a poco una *auténtica enfermedad mortal* para que fuera restando bases físicas al entusiasmo del espíritu. El espíritu vivifica, pero la carne es flaca. Con ese método de asesinato de energías corporales, procedimiento genialmente escogido, lo conducirá en gradación perfecta hasta dar la impresión falsa de que fue el alma “la que en el esfuerzo se rindió”. El proceso consiste en hacer que “sane” D. Quijote para que vuelva a ser Alon-

so Quijano. Se trata de conseguir la vuelta de la cordura. Según Cervantes, esto sería la normalización del logos en el cerebro de D. Quijote, mediante una crisis física que por una especie de sismo acomodara circunvoluciones o labores nerviosas. Sólo este cataclismo fisiológico podía favorecer a la traición cervantina, ya que el quijotismo, como queda dicho sólo acabó cuando ya no existían instrumentos orgánicos para manifestarse. Fue con esta habilidad verdaderamente diabólica, por el mal que hizo, que se condujo a la mariposa a plegar sus alas policromas para acurrucarse —de regreso— en las estrecheces de su viejo capullo; el cuerpo enteco de Alonso Quijano el bueno. Cree Cervantes que aquello de “en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño” es mucho decir en favor de premeditada y ventajosa alevosía, y sin embargo el último aliento ha de ser quijotista y la traición queda hasta cierto límite burlada, sólo válida en lo que concierne a que no continúa la vida del manchego, puesto que a las palabras de “abjuración” agrega las de casi póstuma proclamación: FUI DON QUIJOTE DE LA MANCHA y vuelvo a ser Alonso Quijano el bueno. RECUERDA, y al recordar vive su excelso delirio que se apaga, porque es ley que así sea cuando se descompone nuestro cuerpo. Pero fue Alonso Quijano el que conoció a Aldonza, el que se había enamorado de ella y por eso bajo la advocación de D. Quijote —advocación que quizá fue usada como cuando se usa un pseudónimo por temor a suscribir la imperfección de un poema escrito a la mujer amada— la convirtió en la Señora de su Pensamiento, públicamente (lo que no se había atrevido a hacer como el simple hidalgo aldeano y cincuentón). Tal fue la esencia de su vida de andante caballero.

No logró Cervantes con la espada de la cordura, —diríamos mejor con el puñal de la cordura—, asesinar a D. Quijote. La Pasión duró toda la vida de Alonso desde la pri-

mera vez que dentro del sector temporal de doce años, contempló con ojos de amor a la campesina del Toboso, hasta que Cervantes le pone violentamente la camisa de fuerza de una razón que en su naturaleza de razón no había perdido y no perdió nunca. Cervantes le impuso la razonabilidad, el sentido común, la vulgaridad y la miseria intelectual, hasta donde pudo, según ha dejado amplia explicación. Porque finalmente, por lo que ve a este tópico, D. Quijote murió, respecto a su *locura* como si hubiera imitado la confesión de Galileo en materia científica: *Soy Alonso, pero siento que soy D. Quijote.*

La eternidad

Como es la vida es la muerte y como es la muerte es la eternidad —dicen los graves doctores del saber místico, del saber espiritual.

Sí, los teólogos y predicadores han enseñado la verdad contenida en el aforismo. Sin querer emularlos, pero con el deseo de que nada resulte arbitrario —naturalmente excluyendo la intencionalidad de la argumentación en favor del quijotismo— recordemos que se estableció para la condenación de las almas, y eso en la ciudad creada “por la suprema sabiduría y el primer amor”, según el genio teológico y poderoso del Dante, un castigo consistente en mantenerlas “¡in aeternum!” en el estado pecaminoso en que les hubiere sorprendido la muerte.

Como las hojas arrebatadas por el huracán, en uno de los círculos del Infierno, pinta Alighieri una serie tremenda de remolinos de alas. Son almas en pena. Entre ellas, logra distinguir el visitante unas que revuelan unidas, girando la una en torno de la otra. Autorizado por Virgilio, Dante las llama y las interroga. Obedecen y explican alternándose en el hablar, que son Paolo y Francesca. Narran su trágica historia: Paolo tenía un hermano, Angelo, y vivía con él en castillo heredado de sus padres. El hermano Angelo era feo, monstruoso, deforme. Estaba enamorado de Francesca y a su mansión fue enviado Paolo a pedir su mano para su hermano mayor. A la hora del pedimento, Francesca es-

pía y conoce a Paolo del que se prenda inocentemente, se liga a él por pura simpatía y llega a creer que es el directo interesado en su mano. No es así, y el matrimonio concertado la pone en el lecho de Angelo, sin que ella se queje ni se rebele, al menos exteriormente. Un día, a la luz que de la tarde espléndida deja pasar uno de los vitrales, leen —¡Oh, libros de caballerías!— una escena de la Vida de Lanzarote del Lago, cuando pone un beso de llamas en los labios anhelantes de la reina Ginebra. Al interpretar los signos de la lectura, el mensaje intelectual va a su mente —quizá también a su corazón— y sus ojos se encuentran por última vez, porque Angelo los asesina en ese instante preciso.

He aquí la vida, *el estado de culpa* que ha de servir para basar, justicieramente la determinación de culpa eterna. Por eso, fiel a su Teología, Dante pinta a Paolo y a Francesca eternamente unidos en el revuelo de sus almas, tomándose recíprocamente como centro. Y perduran en ellos los sentimientos del instante trágico, pues ella dice, y por eso anotamos que hablaron alternándose, que “mientras éste hable, no dejará de arder su corazón”.

Sí, pues, D. Quijote, gracias a la cordura de la muerte que le da Cervantes por medio de enfermedad común y corriente, muere recordando que fue El Caballero de los Leones, porque lo fue D. Quijote, los teólogos nos autorizan a sostener que eternamente el amadísimo manchego seguirá siendo caballero andante y acariciamos la esperanza de que en la hora oportuna, nos reciba como a sus protegidos contra los posibles peligros que corramos por aquellas llanuras y serranías que en los mundos del espíritu han de ser sin duda alguna los campos de sus nuevas hazañas. Como es la vida, es la muerte y como es la muerte es la eternidad.

Podría decirse que abusamos introduciendo apólogos. Pero podemos seguir apegándonos a la historia cervantina.

Si D. Alonso Quijano murió, quedó viviendo Sancho, y a éste lo hemos presentado y sostenido como una hipóstasis, como una advocación de D. Quijote. No es fantasía decirlo. Se puede ser y dejar de ser a la vez, y D. Quijote está como verdad natural afirmando haber sido D. Quijote y haber dejado de serlo. Sancho, en cambio era un aspecto de D. Quijote. En el curso de este escrito lo presentamos diciendo que quiere a su amo y que sólo será causa de separarse, la de la pala y la del azadón: el sepulcro. Por más que alguna vez dijera que no, creía en su *locura* (entusiasmo, decimos nosotros), puesto que esperaba la Ínsula, y aun llegó la duquesa a convencerlo de que Dulcinea sí estaba encantada, muy a pesar de que él se había jactado de que el artificio del encantamiento era suyo.

Pero hay más: Sancho grita a su amo y señor moribundo: ¡Levántese vuesa merced, y puesto que no podemos ir como antes en busca de las aventuras, por la promesa al caballero de la Blanca Luna, hagámonos pastores, y vayámonos a los campos a cuidar rebaños y provistos de rebeldes; quizá encontremos entre los matorrales a Dulcinea desencantada!

Como es fácil ver, los motivos del entusiasmo y sus efectos están en pie. Aunque Cervantes limita con miopía el quijotismo, reduciéndolo a la existencia física de Alonso, y devolviéndole la cordura mediante una enfermedad de las clasificadas por la Patología, pone fin al ciclo *activo y personal* quijotesco. Ya vimos lo frustráneo del empeño, de la infeliz tarea de esterilizar el campo de la fantasía soñadora, en que —según un antiquísimo decir de Proclo— “la hermosura era el amor de Dios por su Belleza; el saber el amor de Dios por su omnisciencia y el amor era el arrebató hacia Dios por la fuerza centrípeta de su Caridad”.

Quiso Cervantes cerrar un ciclo en que los caballeros amaban a Dios en sus creaturas y con justicia o sin ella, pero

con puro amor a las jerarquías de un orden, se batieron por Dios, por el Rey y por la Dama, y ello en justas casi personales sin la brutalidad cobarde del mecanismo automático actual de las armas, respetando las reglas del combate, también materia de honor y justicia: causa de una lucha y circunscripción del reparto de muerte o de dolor no más allá de los guerreros.

D. Quijote fue el último ejemplar del paladín justiciero al margen y contra la imperfección de los Códigos oficiales; del poeta al margen de las academias, del patriota sin regionalismos. Escucha las razones de los acusados y como un juzgador salomónico pronuncia de inmediato sentencia y además provee a las ejecuciones. Teme los cohechos contra los derechos en los procesos ordinarios. ¡Extingue, Cervantes, en su intención, al sabio y al galán de los delicados madrigales a la mujer; al caballero creyente y devoto!

Pero quedaban los eternos sueños del muerto en un sano y vigoroso heredero de la tarea: Sancho, Sancho el bueno, cuyo dolor a la muerte de su amo, es la confirmación de su naturaleza hipostática, consubstancial, de la que ya se habían asombrado muchas gentes. Gentes que tuvieron la triste gracia, como la que tuvieron los fariseos de hace dos mil años, de ser inmortales y seguir siendo tal y como eran.

Los burladores

Paul de Saint Victor tiene palabras durísimas contra ellos en su estudio sobre el Manchego. Mientras Edmundo Rostand hace decir a su personaje, bellísimo personaje también, Cyrano de Bergerac: “ante ese loco insigne me descubro”, los hidalgüelos rurales, el ingenio campirano de los duques arma una tramoya para divertirse a costa de los compañeros inmortales en los caminos de la laica santidad.

No obstante, participaron de la gracia quijotesca y no se podrá contar la vida de D. Quijote, sin la necesidad de las oportunidades que fabricaron las mentes inferiores de los nobles de mayor riqueza que calidad, a quienes intentó complacer D. Miguel de Cervantes, agradeciendo mercedes que en su vida fue realmente raro que recibiera. Además, los Osunas —porque se trata de ellos, según apunta un comentarista— hubieron de elevarse ante la buena nueva de la quijotería, ya que no se les puede negar el fondo de generosidad que demostraron ante quienes era, en verdad, difícil asumir una actitud de reverencia. Así lo ha querido la posteridad y el quijotismo, como afición literaria, que como veremos adelante, salva a los ricachos campiranos de haber confeccionado varias veces un *Ecce Homo*, en una o en otra de las personas de la venerable trilogía: Sancho (en escala), D. Quijote y Dulcinea.

Sancho, representativo de la humanidad redimida (diríamos mejor de la parte de la humanidad) por el héroe in-

comparable, siguió viviendo, y existen historias de Sancho Panza como sensato alcalde de su Aldea, puesto al que llegó sobre el rucio de sus hazañas escuderiles, apoyado por el buen sentido de los duques que venialmente pecaron si es que pecaron, ya que son como en el caso de Judas, instrumentos indispensables para la Pasión del quijotismo. En sus episodios de alcalde, Sancho realizó la preceptiva política que un día le diera su amo, en vísperas de ir a gobernar la Ínsula Barataria, don que es otra de las circunstancias atenuantes para el enjuiciamiento de los burladores. Confirmó la burla la fe de Sancho en la realización de los sueños.

Los autores de las efemérides sanchopancescas redimen —tal es la fuerza del bien— al historiar los actos del escudero consagrado al ideal por el Caballero de los Leones, a todos los burlones y a todos los necios del jaez antiquijotista, caterva de incrédulos que niegan la posibilidad de vivir y de llegar a la inmortalidad en función del entusiasmo puro, armónico (por no usar —préstase a confusión— la palabra *erótico*), dejándose flotar a su influjo en el seno de la euforia universal.

A la verdad, es justo, aunque quizá excesivo, el castigo que el crítico francés impone a los socarrones campesinos con blasones ducales. Su culpa quizá no era otra que ver con refrenado despecho a quienes con su pureza de miras y con la miseria de su existencia en el ejercicio de las armas, eran un reproche, un bofetón para los triunfadores cortesanos, caballeros por merced, no por sus hazañas. Es más, quizá este descontento no traspasaba los límites del subconsciente, pero existía ese despecho (sobre todo si se ve al prójimo feliz en la condición en que se ostenta), y está justificado suponerlo, cuando precisamente ante esos “hidalgüelos rurales” D. Quijote desataba su tremenda elocuencia clasificando a los caballeros en andantes y corte-

sanos, exponiendo con eufemismos las diferencias.

“¿Ando yo, por ventura en estas andanzas para mi regalo? ¿No llevo conmigo la inquietud del bien de todos, al amparo de los desvalidos, la miseria de los pobres, la injusticia de los oprimidos? ¿No voy por los senderos abruptos y por las serranías hurañas, arrostrándolo todo, hambre, sed, incomodidad, peligro?” Así más o menos habla D. Quijote, delante de los duques, al Clérigo mentecato que imprudentemente lo reprendió. Y esta manera de describir su vida como caballero andante, es muy distinta, es opuesta a la del caballero que junto al Ebro y cerca de Zaragoza se divertía con él a cambio de una teatral hospitalidad.

Los caballeros cortesanos tenían tierras, castillos, jerarquía social, mando de soldados, puestos públicos; los caballeros andantes sólo aspiraban al premio de la sonrisa de una castellana, la magnificencia o más bien munificencia de algún señorón, a cambio de una lucha incesante contra todo lo que de perverso y de avieso tiene la vida: (Insistimos) Fatiga, hambre, sed, esfuerzo, perseverancia, resignación, paciencia, peligros, heridas, traiciones reales y mágicas, todo a cambio de un deber cumplido con el aditamento raquíutico de una sonrisa o de una alabanza otorgadas por la necesidad de darse tono.

Contra un mundo así combate el quijotismo.

La Humanidad sufre esa manera de ser, ese desequilibrio, ese caos, porque predicándole la cordura hipócrita se le prepara la emboscada moral con el objeto de asaltarla en su zona vital más noble, su capacidad de renunciar. En el mundo de ahora, nadie renuncia, no hay el pudor con que el inepto debe apartarse del puesto público; no existe la vergüenza de lanzarse sobre los medios de vida desenfrenadamente, sin las regulaciones del derecho; tener es el supremo fin de la vida, y por tener nos desgarramos im-

placablemente hasta destruirnos; y esa será precisamente la hora de los buitres, la de los que predicaron los materialismos en el nombre de las libertades de la vida, para poder quitarnos vida y libertades.

El Quijotismo va contra los que predicán el tener contra el valer. Y será visto el panorama apocalíptico, si no vuelve a predominar el espíritu sobre la materia y se realiza la paz externa gracias a la paz interior.

El quijotismo combate el simplismo. Las conquistas de los dialécticos materialistas se deben a los espejismos que de mala fe presentan, al estilo de las apariencias engañosas, pero seductoras de los buenos prestidigitadores; “todo lo que tú no tienes, —arguyen a la mente sencilla, pero con mala levadura de bestia, como lo expresaba Rubén Darío— es porque lo tiene otro, (y señalan al que posee, sin exhibir la historia de esa posesión, señalan al que disfruta, sin exhibir las concatenaciones de esfuerzos que permiten aquel disfrute; señalan al que ostenta una superioridad cualquiera, pero sin mostrar las causas a las cuales se debe). Y el simple y con mala levadura, porque es humano, se convence fácilmente de que es cierto, porque no se le ha hablado de trabajo, ni de esfuerzo, ni de capacidad. Le dicen: “Es tuyo todo, porque no tienes nada. No tener él es la base del derecho a tener”. Tal es la lógica parda del agitador que siempre es un incapaz, un perdedor, un cínico, un bribón, capaz *hasta de trabajar*, si lo convencen de que *lo que hace no es trabajo* y en ese convencimiento labora él mismo contra sí mismo. Un solo ejemplo: Léase la Celestina y se verá lo que “trabaja” un *alcahuete*; obsérvese a los políticos a la mexicana, y se verá lo que “trabaja” un *lambiscón*. Cuesta más esfuerzo al bandido robar que al laborioso productor formarse una vida feliz y desahogada. Es más agobiante el mal que el bien,

si lo que se busca es la línea del mayor reposo moral y físico.

Acatemos el leimotiv de estos párrafos. Acatémoslo para nuevo inicio de sugerencias quijotescas. Continuemos examinando a los burladores del quijotismo y a fuerza de deshacerlos y volverlos a hacer (análisis y síntesis, digan los profesores), conseguiremos para ellos un regalo de comprensión, aunque sea en nombre de la piedad o de la necesidad. Eran y son ignorantes. Por ello carecían y carecen del dolo que engendra todo delito. Los supuestos sobre las inferioridades registradas por el subconsciente respeto de los dos inferiores aparentes, pero en efectividad grandes, sólo son supuestos probables, pero no apodícticos, no demostrativos, no evidentes. Ningún beneficio importante, beneficio como para preocupar por obtenerlo a unos duques, se les deparaba con los regocijos en que fueron factores sus huéspedes. Desde el punto de vista del sentido común, más bien les salía cara la diversión, según el boato empleado en el montaje de los escenarios, y aún en las prendas que otorgan a Sancho y a su mujer Teresa Panza, así como el propio D. Quijote y su escudero, con los dineros de que proveen las faltriqueras del criado para protegerlos en alguna necesidad de sus andanzas. En lo que cabe, son respetuosos con el poder idealizador de sus visitantes y se maravillan de las contradicciones en que se realiza su vida, según la lógica de la cordura.

Pero los burladores actuales, de la época alérgica a la nobleza y a las altas doctrinas, no sólo son ignorantes de acción eventual sino que están organizados para desintegrar la cultura y volver al hombre a la animal cordura de morir en el seno de la historia zoológica. La facilidad la da el hecho de que es más fácil volver a ser animal que en escalas de duración secular, ascender de la animalidad hasta la humanidad. Pero la muerte de que hablamos no

será en el corazón de las selvas que ya no son sino tierras
arrosionadas, sino en los centros de trabajo llenos de humo
y emanaciones letales; en las factorías de trabajo esclavo,
obedeciendo a Calibán los hijos de Ariel.

La epigonía quijotesca

Si Cervantes traicionó a D. Quijote —al menos con la intención y no ciertamente por falta de esfuerzo— quedó Sancho como lo que era justamente, una de las tres personas del gran símbolo. Y si autores españoles le convierten en ejemplar Alcalde de su Aldea (y aquí vuelven a redimirse los duques con la ayuda que les prestan), escritores de América, de nuestra América que “reza a Jesucristo y habla en español”, según canta Rubén Darío, han estructurado mejores y más delicadas prolongaciones del quijsmo.

D. Juan Montalvo, quien pretendía que “se le diera del asno y del necio”, por que había iniciado una obra en que D. Quijote se mueve buscando como siempre las aventuras de su estilo, sino que respirando en los aires un característico aroma de selvas americanas que saturan la prosa cervantina del gran ecuatoriano, más que imitar a Cervantes —Dios lo libró de ese pecado en lo que concierne al antiquijsmo del Manco de Lepanto— imitó a D. Quijote. Con la vieja lanza herrumbrosa, pero símbolo de la fuerza en favor de la justicia y de la libertad “por la que lo mismo que por la honra debe arriesgarse todo” no sólo armó a multitud de jóvenes como Faustino el Rayo, sino que por mano de discípulo dio muerte al tirano, rasgando los velos del obscurantismo al morir el verdugo tenebroso del fanatismo sombrío empavorecedor de las conciencias,

para que brillara el rosicler de la alborada espiritual.

Por obra quijotesca cayó García Moreno. Luego, en el bosque siniestro en que D. Quijote encontró a los ahorcados, cerca de Barcelona, Montalvo la hace encontrar e identificar a otro de estos ajusticiados; "aquel que, o D. Quijote sabía poco, o era aquel bribón que en América, dio en llamarse Ignacio de Vientemilla", otro verdugo de la República del Ecuador. Según la Teología intransigente hasta ahora en ciertos criterios sobre la misericordia divina, ni Dios mismo puede sacar a nadie del Infierno. Y del infierno de las páginas de Dante, así como del Infierno de las páginas de LOS CAPITULOS QUE SE LE OLVIDARON A CERVANTES, de Montalvo, nadie podrá descolgar al ahorcado. Nadie podrá suspender esos castigos del pecado cometido contra el espíritu. Mientras vivan las letras castellanas, los escritos condenatorios de Dante y de Montalvo serán una picota en que se muestren a los siglos los ejemplares monstruosos de la tiranía sobre los cuerpos y sobre las almas.

Pero América ha agregado más a la obra cervantina —obra cervantina en el orden puramente literario—. Nos parece, sin que lo aseguremos, por estar lejos nuestros libros a consultar, que D'Halmar escribió *Dulcinea*, genial y brevísima obra en que se nos hace asistir al nacimiento de un astro. Luz de Luz, potencia y acto, capullo y perfume, estrella de estrella, tal es la procesión a que nos referirnos, hablando de procesión con las devociones que se deben al genio de Plotino. Sí, parece que es el sudamericano D'Halmar y si no es que nos perdone el autor a quien estamos dispuestos a proclamar siempre con el título de Maestro, el que en capítulos de excepcional finura extiende, prolongada la leyenda manchega del Caballero de la Triste Figura.

El milagro empieza, cuando Sancho, segunda persona

o tercera, pero una de la trilogía que tantas veces hemos invocado, en su desesperanza al ver que D. Quijote expira y pasa a la otra vida en brazos de la cordura impuesta por la muerte que se lleva el núcleo espiritual del entusiasmo, y deja inservibles los órganos sobre el lecho mortuario, sobre su jumento, consagrado por las no menos consagradas aventuras de otros días, marcha presurosamente hacia el Toboso. Y ahora sin superchería alguna de su parte, encuentra a Aldonza, encuentra a Dulcinea y mintiendo —diciendo esta vez la verdad creyendo mentir— le corre traslado de los hechos quijotescos que quizá la campesina ya conocía en parte por los decires de las gentes y tal vez madurada ya su alma por la influencia de la fama del caballero.

Nárrale luego, después de la vida general de los días de caminatas buscando aventuras, los últimos instantes de Alonso Quijano el bueno. Y miente Sancho en cierto modo en esto, porque ya dijimos que en la agonía de Alonso es contradictoria la negación de Dulcinea, diciendo que su señor pensó en ella en los umbrales de la eternidad, ordenándole ir a buscarla para pedirle que continuara su obra. Minuciosamente hilvana Sancho falsedades verdaderas —verdaderas por positivas en belleza— para conseguir claridad y concisión en aquella especie de cláusula testamentaria: Ella debe salir para ir por el mundo como hiciera D. Quijote, tratando de hacer el bien y de obligar al humano linaje y a caminar por los senderos de la virtud. Irá por los caminos de España, pero como si fuera por los de todo el mundo, si bien por cierto que a la manera intencional suya, no en las justas, porque ella en vez de las armas marchará derramando por todos y para todos las dulzuras y las ternezas de su corazón, cuando lo requieran las penas, los dolores, las agustias, los sacrificios de la familia humana.

Es entonces cuando Aldonza Lorenzo se muestra entusiasmada, y ya sabemos lo que es el entusiasmo. ¿Se daría cuenta acaso, en su tiempo, de las miradas tímidas que en cuatro ocasiones durante doce años, le dirigió el hidalgo, cargadas de anhelo pero cohibidas por el respeto debido a la diferencia de edades? Es muy posible, porque las mujeres saben que son amadas antes que los hombres se den cuenta de que las aman. ¿Llegaron acaso a sus oídos de mujer sencilla los episodios quijotescos como complejos de doble signo con anverso y reverso, presentando los motivos según la capacidad de los juzgadores, que para los ignaros lo heroico suele ser ridículo y lo ridículo suele ser admirable? Probablemente sí, porque decía Fontenelle que para hacer circular una idea verdadera, se necesitan siglos, pero para divulgar una falsedad, bastan unos minutos. Y téngase en cuenta que la vida de D. Quijote, para el vulgo, estaba llena de falsedades enlazadas, producidas en serie, como se diría hoy. Y suponiendo que llega a ella la resonancia de los cascós de Rocinante y las parrafadas de la sabiduría del que se afirmaba como su caballero, ¿no se habría saturado del mesianismo quijotesco? Posiblemente sí, lo más seguro es que sí, porque la mujer es maternal en cualquiera de sus edades y de sus actitudes, y como la bondad tiene naturaleza protectora, quizá más que su bravo enamorado entendía ella los misterios de la abnegación.

Se da pues, el prodigio. Dulcinea nace "estrella de una lágrima", como dijo Urueta. Acepta la ruta del supremo amor y del supremo dolor que le marca el que la llevó en su corazón y en su pensamiento. Se mostrará al mundo con la valentía de su caballero, como lo fue siempre, gracias a él, como Dulcinea del Toboso, e irá por los caminos predicando con el ejemplo la gran sabiduría de la piedad.

Pobre Montalvo, si su humildad lo hacía decir que se le diera del asno, y del necio por iniciar una obra gigantesca;

la de imitar, la de igualar o superar la prosa cervantina. Ciertamente que le fue difícil, leyó muchos libros, de siglos anteriores y posteriores a Cervantes, léxicos, diccionarios, crónicas, comentarios. Ensayó los modos del arcaísmo, buscó sus ritmos, encontró su armonía. Logró así que las páginas de *Los Capítulos Que se le Olvidaron a Cervantes* resultaran dignos de la aprobación del autor de D. Quijote y de las Novelas Ejemplares —dicho sea de paso, son las obras que más valen de Cervantes—. Obtuvo más, sin embargo, ajustando su conducta a imitar un comportamiento fincador en las ideas puras: si los hombre nacen libres e iguales, según el derecho natural, ningún hombre puede disponer de la libertad de otro ni de su dimensión de actividad o pasividad en cualquier sentido. “Si es un crimen esclavizar los cuerpos, lo es mucho mayor esclavizar las conciencias”. Sagrada es la autonomía humana, inclusive cuando se trata de salvarse o de condenarse en el sentido que la Iglesia Católica da a tales palabras. El que te creó sin tí, no te salvará a tí, —dice San Alfonso María de Liguorio. Y es que el mérito que se premia está en el uso del albedrío con dirección hacia el bien, y el pecado que se castiga es el uso que se hace del albedrío en contra de lo positivo que hay en el universo; desde las cosas hasta nuestros semejantes. La tarea, sin embargo, no debe considerarse fácil a la luz de los conceptos que simbolizan las palabras bien o mal, pero sin definirlos. ¿Cómo saber qué es el bien para poder hacerlo? ¿Cómo saber qué es el mal, para evitarlo? ¡Son tan ambiguos los más precisos términos, son tan deleznales los raciocinios! Tenemos sin embargo, “la participación de la razón” que nos otorgó Aristóteles al definir al hombre. De la razón han surgido los imperativos categóricos en la filosofía revisionista de Kant, y esos imperativos nos ayudan a serenarnos un poco ante las cuestiones de la Esfinge, relativa al mal y al bien.

Se dijo, por ejemplo, en el Evangelio, "No matarás". He ahí un imperativo categórico, una verdad suprema de la razón pura. No se encuentra en el mandato límite ni pedagogía o sea algo relativo a interpretación o medios de conseguir el cumplimiento del mandato. Es así, seco, firme: No matarás. Es solemne su laconismo, y a esa solemnidad acompañó el estruendo y la llama, cuando la ley fue promulgada en la cumbre misteriosa y altiva del Sinaí, en unión del resto del Decálogo. Podría intentarse una fundamentación asegurando que es necesaria, ineludible la obediencia a tal precepto, porque no podemos destruir una vida que no podemos crear. Hay acontecimientos que son irreversibles, ya que ocurren y nunca lo ocurrido dejará de ser ocurrido, ni nada de lo que fue volverá a ser como fue. Cuando un hombre priva a otro de la vida nada podrá conseguir la reposición de ese hombre que fue muerto. Pero no se trata de buscar fundamentaciones, porque el imperativo no las tolera. El dice simplemente: No matarás. Y entonces no nos queda más que obedecer o delinquir. ¿Pero cómo prever, cómo precavernos, cómo actuar preventivamente, para no "caer en la tentación"? La palabra del maestro, respecto a los hombres y respecto a los acontecimientos nos da luz suficiente al remitirnos a los *frutos* del acto o del hombre. "Por sus frutos los conoceréis". Pues bien, Manuel Kant, el célebre revisionista que no aceptó "nada fuera de la experiencia posible", no nos va a limitar esa experiencia al orden empírico, porque también es experiencia la del orden eidético, gracias al cual es inteligible y válida la propia doctrina del filósofo de Koenigsberg. Concluyendo y sobre la premisa asentada, la relativa a los frutos, el imperativo categórico se constata en su justeza y validez por sus frutos. No matarás es el mandato universal e ineludible, insoslayable moralmente para toda conciencia normal. Bien, si UNIVERSALMENTE SE CUMPLE,

NO SE DERIVA DE ELLO NINGUN ABSURDO. Ni en lo pensable y ni en lo experimentable. ¡Por eso debe acatarse! ¡Por eso es válido! De nuevo al leimotiv: Se concibe el respetuoso temor de Montalvo ante el inicio de sus tareas quijotescas. ¿Cómo sería el pavor casi religioso sentido por Aldonza al recibir la tremenda misión? Ella no tenía libros, ella no tenía cultura, y sin embargo, abraza amorosamente la cruz del quijotismo del cual sólo sabe que obliga a emprender tareas de las dimensiones más atrevidas, más grandiosas, sin pensar en esas proporciones, ya exijan universos de energía, ya cargas dinámicas capaces de mover masas estelares.

Aldonza, Dulcinea, dócil al reclamo, se encuentra y se confirma a si misma como la Señora que presidió las ilusiones de D. Quijote. En esa fe encuentra los recursos de que hace acopio convirtiéndolos en poderes para el bien, y sale, tal vez "a la del alba" como el que la amó, a buscar el dolor para mitigarlo, a buscar la angustia para calmarla, a buscar el mal para intentar su transubstanciación en el bien.

Son conmovedoras sus aventuras, tanto como es sutil el genio que las describe. Un día contempla, con verdadero horror, con lo que podríamos llamar irresistible asco, esa náusea que se siente ante espectáculos de suciedad o de monstruosidad, las llagas de un mendigo. Se detiene, le habla, lo consuela, pero no queda satisfecha; lo socorre, lo acaricia, pero le parece poco su esfuerzo; concibe entonces el tremendo sacrificio de besar aquellas llagas repulsivas, asquerosas en grado sumo. Se acerca, se retira, reprime los conatos de vómito, se envalentona, insiste y por fin, ante los ojos azorados del mendigo, prodiga el ósculo divino.

¡Desventurada! Como a su caballero, la persiguen los malos encantadores en su titánica empresa de desmentir la

realidad ordinaria y le hurtarán el mérito de sus sacrificios y las eclosiones de sus virtudes. Después del beso, ¡le quedan en los labios groseras tintas, porque es pintura, es falsa la llaga besada!

Así, con dolorosa delicadeza, sigue narrándose la peregrinación de Dulcinea, hasta que un día en que su leyenda, como la del manchego, ha llegado al nivel vulgar del criterio ignaro, alguna acémila con figura humana se atreve a decir en su presencia que Dulcinea no existe ni existió nunca. Ella habla al rebaño y se empeña en que entienda que es élla la Señora del Caballero de la Mancha, y desesperada ante los ultrajes, para que nadie vuelva a decir que Dulcinea no existió se quita la vida en presencia de la mugidora multitud. Con su muerte pretende y logra formular este argumento: Si Dulcinea se quitó la vida, si Dulcinea ha muerto, *es porque Dulcinea existió*. Es ineludiblemente cierto que existió. Su muerte, como lo es en todo caso heroico, es el Notario que da fe de la suprema realidad.

Todavía no hemos tenido la suerte de encontrar una labor literaria del género quijotesco que supere a la que acabamos de mal recordar porque estamos lejos de nuestros libros. No creemos tampoco que el realismo exija como argumento probatorio del divino delirio por la perfección, otro que el escogido por Aldonza, porque no concebimos otro que sea superior a la muerte. Precisamente existe el heroísmo donde la causa buena está respaldada por el sacrificio de vida.

De cualquier manera, fracasó Cervantes al morir Dulcinea y al morir D. Quijote, porque el Caballero de los Leones murió recordando sus andanzas de caballería y aunque formalmente se le empuje a la abjuración, aún en ella misma se implica el pensamiento de que lo abjurado y lo pensado ya no puede dejar de ser, porque el acto es irreversible. Cumplió, pues, Alonso lo que había prometido en

uno de sus coléricos entusiasmos ante la incompreensión:
“Caballero soy y caballero andante he de morir, si Dios
no dispone otra cosa”. Lo dispuso el Manco glorioso, pero
una vez más la realidad vulgar fue derrotada.

Necesidad del mesianismo quijotesco

El hombre se dio en el seno de la naturaleza, tal como la concebimos antes de llegar a lo que los filósofos llaman la APERCEPCION TRASCENDENTAL, que es la que hace posible la conciencia. Antes de este acto, aunque potencialmente fuera posible desde la eternidad, existe un estado positivo, histórico como hecho, en que la Ley necesaria tenía una vigencia cuya naturaleza no se desvirtuaba por no haber sido descubierta ni formulada aunque sea en los términos descriptivos que la ciencia usa. Como en los cuadros *primitivos*, líneas y colorido con intenciones expresivas en que se desconoce la conjugación de algunas dimensiones y de los planos de distancia —perspectiva, dirán los técnicos— era el orden natural, en cuanto al aplanamiento del hombre potencial en el acontecer sin programa humano. A eso llamamos el estado de naturaleza. El orden natural. Y así lo estableceremos aquí, para los efectos de nuestros propósitos, porque “no hay que hacer nada contra nuestros fines” y los nuestros son el quijotismo y no las disquisiciones de los filósofos.

El concepto naturaleza nos ofrece sus atributos, apetitos, necesidades y sensación —pura sensación de que urgen los satisfactores. El hambre exige comida, sin apelar a discurso alguno; la sed, requiere bebida en igual condición y la visión de la hembra fuerte, exuberante, de pechos pródigos y caderas poderosas es como una llamada, como una in-

vitación amanal, inocente, a la cópula. El tiempo unido a las experiencias fue creando lo que los que saben llaman el yo empírico que se proyecta sobre la objetividad, sobre lo externo al hombre en estado de naturaleza; posteriormente, sobre este acto primario del espíritu, la proyección del yo empírico, se dará lo que ya dijimos, la apercepción trascendental: es el inicio de aquel episodio heroico en que el hombre va a asaltar la posibilidad de ser como un dios, según la promesa de la serpiente: "eritis sicut dii".

Un nuevo Ethos aparece entonces, el del hombre. Este *ethos*, este orden se enfrentará o más bien perfeccionará el orden natural. ¿Qué efectos produjo, o pudo producir el apetito de tener, el apetito de alimentarse, el apetito de poseer una hembra? El de la concurrencia hacia un mismo objeto por varios necesitados del mismo satisfactor, sin que hubiera norma alguna reguladora. Y debe haber producido los choques en tal proporción y fuerza negativa, que esa experiencia colaboró a la etapa auroral, al orto no por ser supuesto, ya que no pudimos verlo, menos admirable; el logro de la apercepción trascendental. Esto es nada menos que el nacimiento de la cultura que no se opone ni podría oponerse al orden natural, pero sí puede regular su aprovechamiento. El hombre tendrá sus satisfactores, pero sin perjuicio de otro necesitado.

Y aquí cortamos lo que podría ser en gentes capaces un discurso, porque lo dicho es lo único que necesitamos para nuestro tema: La necesidad —en el sentido ordinario y filosófico— del quijotismo.

El quijotismo es necesario y no por capricho, sino como favorecedor de la vida, como subsistencia individuada, y como convivencia. Para mantener la civilización, la humanidad ha reconocido "constelaciones de valores". Unos son altos, pero débiles (sufren una calificación parecida a los actos quijotistas de falsedades verdaderas); otros son ba-

jos, pero fuertes (sufren calificación semejante a las verdades falsas). En la altura se encuentran, por ejemplo, el bien, la belleza, la justicia, el derecho. En los planos bajos se encuentran todos los valores instrumentales, los que siendo eso, instrumentos, no son fines, sino medios para obtener logros. Para no extendernos más pongamos como ejemplo el valor económico en cualquiera de sus aspectos, desde cuando se llama dinero, en adelante.

Toda la acción humana del adquirir manejando sus valores instrumentales, su herramienta utilitaria, materialista por práctica, por reducirse a los satisfactores de necesidades animales, debe estar regulada por la "constelación" de los valores altos. Por ejemplo, no podemos adquirir nomás porque sí, sino de acuerdo con la justicia, en tanto que ella nos dice los bienes que corresponden a cada quien. Si así no se procede, habrá injusticia. Pero, repetimos, la fuerza de nuestra animalidad es muy poderosa, y las esencias culturales son valiosísimas, nobilísimas, pero débiles, por ejemplo: Nos produce, en el campo de la bajeza animal egoísta, más placer adquirir aún a costa de la candorosidad de un prójimo, que socorrerlo, dándole algo de lo que tenemos. Y sin embargo, sin los valores altos y débiles, no se puede conservar la civilización, porque para eso lo reveló el espíritu a la Humanidad. Por el acatamiento que todavía hay quien rinda a esas vigencias que actúan sobre la conciencia de los seres humanos, a veces, pues hay conciencias ciegas para esos valores, es que aún es habitable este mundo.

Pero la crisis está llegando con la prédica de los materialismos, o sea con el esfuerzo que se está haciendo porque los humanos regresemos al estado de naturaleza, dispuestos a satisfacer apetitos y necesidades sin más ley que la del más fuerte, y con impedimento correlativo de poder seguir sosteniendo congregaciones, ciudades, países libres.

Si acaso sobreviven a la crisis, porque en ella se implica la guerra que puede hacernos desaparecer totalmente, sólo habrá dominadores y esclavos; *se habrá perdido todo el fruto de la historia.*

Afortunadamente es tan grande la vigencia del bien, que ningún mal se hace con cargo a su propio crédito, sino que gira sobre los haberes del bien. Por eso la sabiduría evangélica denuncia la posibilidad de que haya falsos profetas, de que los lobos se vistan con pieles de ovejas. Los pueblos nórdicos aleccionan a los niños en las blancas narraciones que les dedican, pintando a las inocentes y engañadas víctimas, el artificio de las alimañas que se disfrazan con la patita de la materna cabra o con la del pacífico cordero. El mal, enseñan los pensadores, no sólo es lo contrario del bien, es el mal ónticamente positivo y diferenciado, clara y distintamente percibido como ente autónomo y activo; por eso hay que combatirlo no sólo haciendo el bien sino tratando de destruir a su ente polar, evitando o nulificando su acción.

D. Quijote fue el caballero del bien, encarnó el derecho natural —Metajurídica—, dirán los eternos bachilleres Carrascos del realismo vulgar; pero sin esa metajurídica pierde fundamentación, pierde racionalidad el derecho y se vuelve un relativista normativismo, sin solidez ni opción posible a ser acatado. El organicismo sociológico y el materialismo filosófico, se han empeñado en dar origen social al derecho, precisamente para minar su validez atribuyéndole la cacareada historicidad (hay historicidad, pero no en el derecho, sino en sus concreciones).

El qui jotismo es la decantación y la declamación del pensamiento puro, de la razón pura, y aunque la circunstancia no le sea propicia, baja es la circunstancia, pero sin fuerza para invalidar la racionalidad. Aún haciéndola retractarse, no negarse ni fracasar, ocultarse, obscureciéndole

sus logros, lo cierto es que se vive en este mundo pletórico y esclavo de una civilización mecanizada, gracias a lo que queda —y quedará porque siempre será necesario, por su perfección, como por su perfección Dios es necesario— de la vigencia del espíritu; gracias a los inmortales imperativos categóricos de “ama a tu prójimo como a tí mismo”, “ama a tu enemigo”. El día que esa vigencia desaparezca y de nuestra civilización se borren las huellas de Sócrates y de Jesucristo, de quienes D. Quijote fue en lo laico lo que Francisco de Asís fue cerca de lo ortodoxo, vendrá el fin de todo. Y no es profetismo de derrota, es que el apetito sin freno, buscará sin freno, satisfacciones. Se luchará a muerte por adquirir y al fin presidirá la violencia como precursora fatal de la muerte de la que verdaderamente se muere. “Morirás de muerte”, dice la Escritura: “morte morieris”.

Es necesario encender *lámparas a D. Quijote*. Y hablemos de un culto al manchego, por no salir de la naturaleza de este trabajo en cuyo afán entramos quijotesicamente, por entusiasmo y por el deseo de luchar por un mundo libre en el que presida el amor al semejante o al menos la justicia. ¡Una osadía, la pluma, y una esperanza, la flor, que dijo el dramaturgo de El Pavo Real!

“Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a los que los antiguos dieron el nombre de dorados y no porque en ellos triunfara el vil metal y se adquiriera fácilmente, sino porque en aquella santa edad todas las cosas les eran comunes; no existían las palabras “tuyo” y “mío”. Así hablaba el manchego y hemos querido recordarlo ya para terminar nuestro esfuerzo, porque en la exégesis de ese pensamiento debe exponerse que sólo se condena el afán de tener sobre el de valer.

Que D. Quijote reine siempre en el mundo, que impere en este México donde nuestro Antonio Caso predicó la exis-

tencia como Caridad, como amor; la fe, como el Pájaro solitario —gran símbolo de los místicos—; la ciencia y sentido del mundo, como el infinito afectivo que hay entre el *yo* y el *tú*.

Que D. Quijote inspire a los hombres la reciedumbre en la lucha por las locuras redentoras de Sócrates, Jesucristo, San Francisco y Martí, de Hidalgo, Morelos y Bolívar... y que Dulcinea se introduzca en el alma de las mujeres todas de América porque en las de algunas ya vive y ha vivido siguiendo en la hazañosa senda de su caballero, el protector de los desvalidos, el impugnador de los fuertes abusivos, como lo predicó Sancho ante la campesina del Todoso, para que el eterno femenino llegue hasta el episodio aparente de la muerte por los ideales (cuando se muere por ellos en realidad no se muere), recorriendo con éxito maternal inmediato o sin él, los senderos benditos de la piedad.

Impreso en
Imprenta Madero, S. A.
Avena 102, México 13, D. F.

CUADERNOS DEL ESTADO DE MÉXICO

- 1 La Caballona / *José Mirlo.*
- 2 El Instituto Científico y Literario del Estado de México en la época de Ignacio Manuel Altamirano / *Enrique González Vargas.*
- 3 Ladislao S. Badillo / *Rodolfo Uribe Ruiz.*
- 4 Versos / *Rodolfo García G.*
- 5 Baratijas / *Josué Mirlo.*
- 6 Primeros versos / *Gilberto Owen.*
- 7 Prosas / *Rodolfo García G.*
- 8 Cuatro discursos / *Enrique González Vargas.*
- 9 Epístola a Fuensanta / *Enrique Carniado.*
- 10 Memorias de mi vida / *Agustín González.*
- 11 Díptico sureño / *Rodolfo Uribe Ruiz.*
- 12 Corridos del trovo Simón Rodríguez.
- 13 Discursos / *Adolfo López Mateos.*
- 14 La Constitución de 1917 / *Enrique González Vargas.*
- 15 Liberales y liberalismo en el Estado de México / *Rodolfo García G.*
- 16 ¡Pueblecito mío! / *Isidro Fabela.*
- 17 Temoaya y su folklore / *Socorro Caballero A.*

- 18 Antología de Tunastral.
- 19 Recuento para el recuerdo / *Carmen Rosenzweig Valdés.*
- 20 Discursos / *José Yurrieta Valdés.*
- 21 La teoría penal en Alfonso de Castro / *José Trinidad Ambriz.*
- 22 Uso y abuso del vocabulario prohibido /
Alfonso Sánchez García.
- 23 Cuentos alejandrinos / *Alejandro Ariceaga.*
- 24 Polvos de nieve / *Graciela Santana Benhumea.*
- 25 Cuentos y sátiras / *Moisés Ocádiz López.*
- 26 Viento y otoño / *Juan Rosas Talavera.*
- 27 Lorenzo de Zavala, desertor de México. Tomo I /
Gustavo G. Velázquez.
- 28 Florecitas de mi valle / *Guadalupe López de Carrillo.*
- 29 Lorenzo de Zavala, desertor de México. Tomo II /
Gustavo G. Velázquez.
- 30 Centro de Capacitación Técnico Industrial Agropecuario Regional de Atlacomulco / Dirección de *Alfonso Javier Rojas.*
- 31 Discursos políticos / *Carlos Hank González.*
- 32 Cuatro ensayos / *F. Javier Gaxiola.*
- 33 Miguel *El cueta* / *Alfonso Javier Rojas W.*
- 34 Parque Nacional Nevado de Toluca /
Humberto Ortega Cid del Prado.
- 35 El Collar / *Francisco Paniagua.*
- 36 Miguel de Cervantes Saavedra / *María Dolores García Cisneros.*
- 37 Toluca anecdótico / *Ramón Pérez.*
- 38 Permanencia voluntaria / 24 autores jóvenes.
- 39 Campañas del General don Félix María Calleja /
Carlos Ma. de Bustamante.

- 40 Poemario / *Francisco Lechuga Gutiérrez.*
- 41 Poesía y prosa / *Ma. Esther de la Mora Vda. de Insunza.*
- 42 Un hombre embarazado y otros relatos / *Moisés Ocádiz L.*
- 43 Poesía / *Luis García Villegas.*
- 44 *Lectura de la Luz* / *Raúl Cáceres Carenzo.*
- 45 La revolución armada en el Estado de México /
Alfonso Sánchez García.
- 46 Del desarrollo económico / *Jorge Laris Casillas.*
- 47 Cantar del pantagruelista / *Orlando Guillén.*
- 48 Vocación al servicio del pueblo / *Mario Colín.*
- 49 11 semblanzas de personajes del Estado de México / *Mario Colín.*
- 50 Notas editoriales / *Mario Colín.*
- 51 Impacto del sistema político del Lic. Benito Juárez en la tradición jurídica del Estado de México / *Enrique González Vargas.*
- 52 Ensayos sobre teoría política / *Jorge Laris Casillas.*
- 53 Hojarasca / *Francisco Monroy Anzaldo.*
- 54 Epifanía de Don Quijote / *Manuel López Pérez.*



Manuel López Pérez nació en Santa Fe del Río, municipio de Penjamillo, Mich., el 29 de octubre de 1910. Estudió en el Seminario de Morelia y, posteriormente, en la Escuela Normal para Maestros, dependiente de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Ha ocupado importantes puestos públicos y docentes en su estado natal; entre ellos, Secretario General del Comité Directivo Estatal del PRI, y Jefe del Departamento de Coordinación General de Actividades Educativas y Culturales. En Guanajuato, durante las administraciones de Melchor Ortega y Manuel M. Moreno, ha sido Jefe del Departamento de Acción Cívica y Orientación Socialista, y Secretario de Educación, respectivamente.

Fue maestro, durante ocho años, en la Universidad Nacional Autónoma, y sirvió cátedras de Introducción a la Filosofía e Historia General de la Pedagogía en el Instituto Científico y Literario del Estado de México, cuando dirigió la Institución el Lic. Adolfo López Mateos, quien al asumir el cargo de Primer Magistrado de la Nación, lo nombró asesor de la Presidencia de la República.

En el Estado de México, durante la administración del Lic. Isidro Fabela, dirigió en Toluca el periódico *El Demócrata*. Más tarde fue director de *El Diario de Toluca*, hoy *Sol de Toluca*.

Entre otras, ha publicado las siguientes obras: *La mujer en el drama del mundo*, *Homenajes*, *Instantáneas*, *La banca roja* y *El viejo Morales*.

Nombre de archivo: EPIFANIA DE DON QUIJOTE2
Directorio: C:\Documents and Settings\JOSEFINA\Mis documentos\VARIOS YA CONVERTIDOSPDF\LIBROS DE MANUEL LOPEZ PEREZ
Plantilla: C:\Documents and Settings\JOSEFINA\Datos de programa\Microsoft\Plantillas\Normal.dot
Título:
Asunto:
Autor: El Retiro
Palabras clave:
Comentarios:
Fecha de creación: 26/02/2011 21:01:00
Cambio número: 49
Guardado el: 27/02/2011 22:38:00
Guardado por: El Retiro
Tiempo de edición: 206 minutos
Impreso el: 31/10/2011 12:53:00
Última impresión completa
Número de páginas: 95
Número de palabras: 35 (aprox.)
Número de caracteres: 193 (aprox.)